

MUNDO DE ACERO

A. Thorkent

CIENCIA FICCION

La conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

MUNDO DE ACERO

A. Thorkent

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. — La amenaza de Ak’Ton. *Glenn Parrish.*
2. — Guerra entre los dioses, *Ralph Barby.*
3. — Mar galáctico. *Loa Carrigan.*

1. — ¿Quién compra un plañera?, *Clark Carradas.*
2. — El planeta de los centauros, *Joseph Berna.*

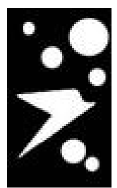
A. THORKENT

MUNDO DE ACERO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.
° 593

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —
CARACAS —MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 32.433-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: diciembre, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial**

Bruguera, S. A.

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1981

CAPÍTULO PRIMERO

Con la mirada perdida en un rincón del puente de mando, Ben Dogan escuchó el informe de Rona Saintlow.

—Distancia de la estrella, 175.000 km; diámetro, 6.875 km; densidad, 5,2; gravedad, 0,97; luz en superficie, 0,876; inclinación en el plano de órbita elíptica, 1o, 51; velocidad de traslación, 31.4 km/s...

—Es suficiente —dijo Ben alzando una mano. Desvió la mirada hacia la pantalla, observando la esfera suspendida en el centro.

—¿Qué haremos, jefe? —le preguntó Lesspeps, con semblante preocupado, frotándose las manos.

—No lo sé aún. Las averías son de importancia y sería un suicidio intentar una nueva entrada en el hiperespacio con ellas. Pero ese planeta...

—¿Te causa respeto? —preguntó Rona.

—Sí, lo confieso. ¿Dónde está Gondar?

Rona miró a Lesspeps y éste respondió no muy seguro:

—Supongo que habrá ido a ver a Cole.

Despacio, Ben se sentó en el asiento de pilotaje. Sin dejar de mirar el pequeño planeta, solitario acompañante de la estrella amarilla que habían bautizado como Plummol. dijo:

—Aún disponemos dé tiempo para pensarlo; Podéis dejarme sólo.

Lesspeps salió del puente, encogiéndose de hombros. Rona se acercó a Ben por detrás. Le pasó los brazos por el cuello.

Todo se resolverá bien, cariño. ¿Quieres que también me marche yo?

Ceñudo, Ben asintió y ella, después de hacer un mohín de contrariedad, se retiró casi de puntillas.

Sabiéndose solo en medio de los complejos mecanismos del puente de mando, Ben intentó relajarse y pasar una detenida revisión, a los acontecimientos que les habían conducido a semejante situación.

Regresaban a la Tierra después de dejar una valiosa carga en un mundo humanoide situado en el octavo circulo del Sector Externo de la galaxia. Los beneficios habían sido sustanciosos, pero todo empezó a marchar mal cuando fue notificada la inesperada enfermedad de Rita, la chica que llevaba dos años navegando con ellos y durante ese tiempo había demostrado ser una eficiente navegante.

Las autoridades humanas sanitarias aconsejaron que Rita quedase allí para pasar la cuarentena. La primera intención de Ben fue esperarla, pero luego ella misma le convenció para que no hiciera semejante disparate. Permanecer en el espaciopuerto durante varias semanas podría arruinar la compañía de transportes, de la que todos eran accionistas. Los derechos de estancia se llevarían las ganancias antes de veinte días.

De mala gana, Ben consintió despegar del planeta, una vez que consultó con sus compañeros y todos estuvieron de acuerdo en que no había otra solución.

El puesto de Rita lo cubrieron contratando a un tipo extraño, pero que se presentó con las suficientes garantías técnicas. Se llamaba Gondar y sus papeles decían que era originario de Vega III. Firmó un

contrato por dos meses, el tiempo que Ben calculó que tardaría Rita en incorporarse a su trabajo habitual.

Todos estaban ansiosos, por volver a la Tierra, cargar de nuevo y volver en busca de Rita. Gondar demostró ser un buen navegador, pero su carácter taciturno y poco hablador no le granjeó las simpatías generales.

Llevaban cinco días de vuelo hiperespacial, cuando durante la guardia de Cole, sucedió la tragedia.

Transcurría el periodo de noche cuando sonaron estrepitosamente las alarmas. Ben saltó de la cama y corrió hacia el puente, seguido de. Rona. Al subir al siguiente nivel se encontró con Less y Gondar. El camino estaba cortado. Unos mamparos, habían cedido *y* el obstáculo resultaba infranqueable. Todo, estaba lleno de humo, y escucharon el silbido del agua caer del techo al otro lado, sofocando el incipiente incendio. Usaron el pasillo lateral y alcanzaron el puente .

Cole estaba en el suelo, con quemaduras. De los paneles surgían lenguas de fuego. Ben tomó el extintor y dominó las llamas.

La nave *Xamble* dio unos coletazos y súbitamente entró en una quietud cuyo significado comprendieron todos. Habían salido del hiperespacio y, nadie, sabía por el momento dónde se encontraban.

Llevaron a Cole a la enfermería y allí Rona le aplicó una cura de urgencia en las quemaduras, que le cubrían todo el tórax. Había perdido el conocimiento y Ben tuvo que posponer para otra ocasión su intención de interrogarle para conocer lo que había, sucedido.

Less le dijo que algo inexplicable había hecho saltar la impulsión superluminica, que tardaría unas horas en saber dónde se encontraban. Mientras tanto, navegaban a una décima de la velocidad de la luz, debido a la inercia.

—Sería conveniente desacelerar Totalmente —sugirió Less.

Y Gondar había replicado:

—No. Nos dirigimos hacia un sistema planetario; Si tenemos que hacer reparaciones importantes, será más conveniente realizarías en la superficie de algún planeta, aunque carezca de atmósfera. Si desaceleramos podríamos forzar las máquinas, cuando todavía no sabemos la importancia de las averías.

Ben miró al vegano y tuvo que asentir. Gondar había hablado con lógica aplastante. Pidió a Less que condujera la nave en dirección hacia aquel sol amarillo que estaba próximo.

Horas más tarde, Rona le dio los informes del único planeta que poseía aquella estrella.

Después de consultar las cartas siderales de aquella zona, Ben tuvo que rendirse a la evidencia de que se hallaban en un área no explorada de la galaxia.

Después de consultar las cartas siderales de aquella zona, Ben tuvo que rendirse a la evidencia de que se hallaban en un área no explorada de la galaxia.

Y el planeta que cortejaba la estrella Plummol era singular. Casi del tamaño de Marte ofrecía un elevadísimo albedo y una densidad fuera de lo común por su volumen.

Cole seguía sin recobrar el sentido, aunque Rona le tranquilizó diciendo que viviría, que las quemaduras no ofrecían ningún riesgo posterior. Solamente se encontraba débil y precisaría de varias horas para recobrar el conocimiento. Sería mejor dejarlo dormir.

Entonces la chica le proporcionó todos los datos que desde la *Xamble* podían obtener del planeta. Estaban a unos cincuenta millones de kilómetros de él y cuando pudieron usar el potente telescopio, sobre la pantalla surgió la singular esfera, que hizo enmudecer a todos y exclamar a Less:

—Por los dioses. No puedo creerlo. ¡Un mundo totalmente cubierto de metal!

—Siento no poder ofreceros una imagen más amplia —dijo Rona —. Pero creo que es suficiente para estar de acuerdo con lo que ha dicho Less un tanto precipitadamente. Sí. ese planeta está totalmente cubierto de metales, mayoritariamente acero.

—¿Acaso es artificial? —preguntó Ben.

—No. La masa metálica ocupa una profundidad de unos cien metros en algunos sitios y casi tres kilómetros en otros. Detrás existe una superficie rocosa que también, según los detectores, está muy perforada.

—¿Indicios de habitabilidad?

—Aseguraría que la atmósfera es respirable para, nosotros.

—¿Cómo es posible? Sin vegetación no es posible reciclaje.

Rona se encogió de hombros.

—No lo sé. Me limito a decirle lo que leo en los registros.

Miraron durante un rato la brillante esfera, en cuarto creciente, del planeta. Less susurró:

—Podría ser una fortaleza, habitada por alguna raza guerrera.

—Yo diría que se trata de una ciudad —dijo Ben—, De una ciudad gigantesca, que abarca todo el planeta.

—Captamos radiaciones, escasez de energía que se pierde en el espacio, pero ninguna indicación de emisiones en ninguna banda conocida. El silencio es total.

Ben se rascó el mentón. Se aseguró que todas las coordenadas estaban debidamente registradas. Mientras tanto, la nave se acercaba a aquel extraño mundo.

—Tenemos que decidirnos a descender o no —le recordó Rona.

—Podríamos intentar reparar las averías en el espacio, Ben —dijo Less—. Quizá tardaríamos más, pero al menos yo estaría más tranquilo. Ese planeta me da escalofríos.

Ben sonrió, pero no quiso comentar en voz alta que compartía el mismo temor que Lesspeps. Pidió a Rona que le repitiese las particularidades del mundo que te tenían a la vista.

* * *

El rumor de pisadas le sacó de sus pensamientos. Se volvió. Vio a Gondar entrar en el puente.

Era un hombre alto, delgado, de piel muy blanca y cabellos grises. Sus labios finos formaban constantemente una línea que parcamente se movía al hablar.

—¿Cómo está Cole Haminson? —le preguntó.

—Sigue igual, jefe. ¿Qué ha decidido usted? Rona me ha dicho que aún no está decidido a descender a ese mundo.

—Así es. Su aspecto es preocupante.

—No tenemos otra alternativa, pese a que Less está convencido que podríamos poner en orden esta nave en el espacio. Los conductos externos están muy deteriorados. Se requerirán muchas horas de trabajo usando los trajes espaciales. Posados en la superficie de ese planeta sólo necesitaríamos dos horas.

—¿Cómo es posible que haya ocurrido eso, Gondar?

El hombre se encogió de hombros. Pausadamente se sentó en el sillón gemelo, al lado de Ben.

—¿Quién sabe? Algo estaría débil y el curso por el hiperespacio ejerció una fuerte presión en los conductos.

Ben meneó la cabeza.

—Antes de partir, yo mismo hice las revisiones de rutina. No lo entiendo. Usted estuvo de guardia antes que Cole, Gondar. ¿No advirtió nada extraño en los indicadores?

En absoluto, señor. Todo estaba correctamente.

—Pero los indicadores debieron advertir la anomalía antes de que se produjese la explosión.

—Desde luego. Tal vez Cole se durmió.

Ben frunció el ceño. Conocía bien a Cole. Nunca se había dormido en una guardia. O al menos él nunca lo había cogido durmiendo.

—No, no lo creo. Cole siempre fue concienzudo en su trabajo —señaló el planeta formado holográficamente sobre la plataforma—. ¿Qué piensa de eso?

—Estoy de acuerdo con usted en que es algo muy extraño, señor, pero no olvidemos, que supone una plataforma idónea para que podamos llevar a cabo las reparaciones con todas las garantías.

—¿Supone que está habitado?

—¿Quién sabe? A mi juicio no está habitado.

—¿Entonces?

—Yo diría que alguna raza lo habitó hace mucho tiempo, tal vez milenios. Ahora está deshabitado. Jefe, me sorprende usted.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Fortuitamente hemos surgido al espacio normal en una zona no explotada y tenemos delante nuestro un mundo lleno de misterios. ¿No siente alguna curiosidad por conocerlo más de cerca?

Ben asintió en silencio.

—Entonces, ¿por qué no bajamos a verlo de cerca?

—Tengo responsabilidades, Gondar. Esta es una nave de carga, no exploradora. Obviamente, he registrado las coordenadas de este sol. Mi intención es que todos regresemos sanos y salvos. En la Tierra daríamos parte del descubrimiento y otros, más calificados que nosotros, se encargarán de realizar las pertinentes investigaciones. Además, recuerde que llevamos un herido, qué tal vez precise cuidados médicos cuanto antes.

—¿Sólo por Cole se resiste a dar la orden de descender? .

—No. Por muchas circunstancias. Ese pequeño planeta puede ser una fortaleza de alguna raza desconocida o bien una gigantesca ciudad, tal vez abandonada, pero no por eso menos peligrosa.

—Podríamos encontrar qué sé yo, riquezas, datos, allá abajo, señor. Nunca se ha descubierto en la galaxia algo semejante.

—Yo también he pensado en los beneficios,. Gondar. Soy humano. Me gusta el dinero tanto como a usted. Pero, repito, tengo que pensar en la seguridad de todos y, sobre todo, en la del herido. Sé que llevamos las bodegas vacías y podríamos llenarlas con lo que encontrásemos en ese planeta, pero...

Se interrumpió al ver entrar a Rona. Llegaba muy pálida y anunció con voz ronca:

—Cole acaba de morir.

* * *

Todos observaron en silencio cómo el cilindro de acero salía despedido de la esclusa y se alejaba vertiginosamente del *Xamble.*

Ben cerró el libro, del que ya había leído una corta oración.

—Ahora tiene usted un motivo menos para decidirse a bajar al planeta, jefe —le dijo Gondar.

Se volvió hacia el vegano, enfadado. Sé aguantó de decir lo que primeramente pensó. Soportó la mirada fría del hombre, resopló y dijo:

—Aún no estoy decidido.

Regresaron al puente y allí la holografía del planeta atrajo sus miradas. La *Xamble* se encontraba unos dos millones de kilómetros, a mínima velocidad, en posición adecuada para alejarse del planeta o descender en él.

Muy despacio, Ben encendió un cigarro. Echó una bocanada de humo contra la reproducción holográfica. Por un momento, el brillante planeta fue rodeado por una nube blanca, que terminó traspasándolo.

—Está usted muy interesado en visitarlo, Gondar —dijo Ben.

—Soy curioso.

—Y le obsesiona la idea de las bodegas vacías. Querría llenarlas de riquezas, ¿no?

—Pese a que no soy fijo en la tripulación, pienso que algo me correspondería.

—Es cierto. Está bien. Descended ahí; pero con todas las precauciones.

—Por supuesto, jefe —asintió Gondar, dibujando una levísima sonrisa.

—Entonces lo dispondremos todos. Compaginaremos una órbita de acercamiento que nos lleve a un contacto dentro de dos horas,

Gondar, usted debe revisar el sistema convencional.

El vegano asintió y salió del puente. Less recibió sus instrucciones y se marchó también. Entonces Rona se acercó a Ben.

—¿Qué hablabais de bodegas vacías?

El la miró, preguntándose por qué la vela preocupada. Antes de que dijese nada, Rona dijo:

—¿Es que no sabes que en la bodega número cinco hay unos bultos? ¿Nadie te dijo que al parecer no descargamos toda la mercancía?

CAPÍTULO II

Mientras se acercaban al planeta pudieron captar con más detalle la singular configuración de su superficie.

No se trataba de una fortaleza, sino de una ciudad que cubría toda la superficie del mundo. Se observaron grandes explanadas, conglomerados de edificios de pocos pisos hasta casi mil metros de altura, construidos básicamente en acero u otros metales. El cristal también abundaba y el plástico era escaso.

—Existe una atmósfera respirable hasta los cinco mil metros —dijo Rona—. Tal vez un poco rica en oxigeno, pero perfectamente adecuada para nosotros.

—¿Virus?

—La asepsia es absoluta, No. pillaremos ninguna enfermedad.

- Pues si algo ocasionó el abandono de ese mundo espero que no sea algún virus desconocido para nosotros—dijo Ben roncamente.

Ben se movió nervioso en el sillón de pilotaje.. Estaba muy preocupado. Además, la existencia de aquellas cajas de metal, grandes

contenedores, en el último rincón de la bodega, le había dejado perplejo. Durante un rato había estado viéndolos, sin atreverse a abrirlos. No tenía marcas. Si en un principio había pensado que no se hubiera desembarcado toda la mercancía que portaban, pronto se dijo que no podía ser, ya que ésta había sido cuidadosamente revisada por los destinatarios.

La X*amble* se deslizaba a unos veinte kilómetros por encima de las zonas urbanas de mayor altura. Salieron de la zona alumbrada por el sol y entraron en la noche. La ausencia de luces confirmó la hipótesis de que el planeta no podía estar habitado.

—De todas formas —murmuró Ben—, algo debe mantenerlo con vida. Debe existir algún mecanismo que renueve constantemente la atmósfera. Quizá campos hidropónicos, no sé. O una colosal estación que fabrique oxígeno sin cesar. Poro ¿para quiénes?

—¿Dónde descenderemos?

—No lo sé aún. Hace un rato. Gondar me sugirió que deberíamos hacerlo en el meridiano.

—¿Por qué?

—Gondar asegura que siempre es conveniente usar la zona templada de un planeta para realizar la primera investigación.

—El planeta está rodeado por una especie de autopista que lo recorre a lo largo del meridiano —dijo Rona.

—Sí. Es de acero y cerca de ellas la densidad de edificios es enorme. Se diría que están construidos unos sobre otros.

—¿Qué harás?

Ben se alzó de hombros.

—Me es igual. Sólo pretendo una zona tranquila donde realizar cuanto antes las reparaciones para podernos largar inmediatamente.

—¿Entonces no estás dispuesto a llevar a cabo una exploración?

Ben se mordió los labios. ¿Por qué Rona suponía que a él no le corroía también la curiosidad?, Pero tenía su responsabilidad. Y si antes había sentido alguna especie de miedo o respeto, ambas cosas las estaba olvidando a medida que transcurría el tiempo.

Tal vez por la tranquilidad que en la superficie del planeta observaba desde allí, pero lo cierto es que a cada momento que pasaba reconsideraba más profundamente la idea de dedicar algunas horas a recorrer la misteriosa ciudad que se extendía por el planeta, sin dejar un resquicio de área cultivada o por la que aflorase la oscura tierra.

—¿Qué piensas de esas mercancías que yacen en la bodega? —le preguntó Rona, pendiente de las imágenes que les mostraban los visores.

—Me habría gustado tener tiempo para abrir las cajas —masculló Ben.

—Alguien las puso ahí deliberadamente.

—¿Quién? ¿Gondar?

—¿Es posible otro?

Tras titubear un instante, Rona agregó:

—También podría ser Cole.

—No lo entiendo. ¿Para qué iba Cole a meter algo en la nave sin estar registrado? ¿Piensas que pudiera ser contrabando?

—¿Por qué no? Quizá Cole lo ha estado haciendo hace tiempo y nunca nos dimos cuenta...

Ben rechazó la idea moviendo la cabeza. Quiso olvidarse del asunto de la carga y concentró su atención a las maniobras de acercamiento.

No notó la presencia de Gondar en el puente. Cuando el vegano habló, comprendió que éste llevaba allí algún tiempo.

—Ese es un buen sitio, señor —dijo indicando en la pantalla un ensanchamiento de lo que parecía ser la autopista que se deslizaba por el ecuador.

—¿Por qué no? —dijo Ben.

Minutos después, la *Xamble* se posaba suavemente en la superficie de metal de la supuesta autopista, Ben cortó la ignición y dejó que los soportes se contrajesen. La oscilación cesó y entonces dijo:

—Rona, de todas formas quiero que hagas unos análisis de la atmósfera.

—Me llevarán algún tiempo, Ben.

—No importa. Nadie saldrá de aquí hasta que estemos todos seguros de que nadie correrá el menor riesgo fuera.

—Es usted demasiado precavido, jefe —le sonrió Gondar.

Ben le miró. ¿Por qué pensaba que Gondar estaba inusitadamente contento desde hacía poco tiempo? Quizá no más desde que él consintió en llevar a cabo el descenso.

—Sólo hemos investigado la atmósfera desde el espacio, Gondar. Hemos podido equivocarnos. Tomándola desde aquí, las muestras no pueden darnos resultados erróneos.

Dejó a Rona con el trabajo de sacar del exterior alguna cantidad de aire y salió del puente. Buscó a Less. No le halló y al llamarlo por el comunicador que siempre llevaba colgado del cinturón, supo que se encontraba en el nivel donde estaban situadas las esclusas.

Se dirigió allí y vio a Less delante del armario donde guardaban las armas.

—¿Qué haces aquí?

Less, por toda respuesta, señaló la puerta abierta donde estaban las armas. . La *Xamble* llevaba, como era obligatorio, seis láser de pequeña potencia y dos rifles calóricos. Nada de ello estaba dentro de la caja metálica empotrada en la pared.

—¿Qué significa esto? —inquirió Ben.

Less hizo un gesto de total ignorancia.

—No lo sé, Ben —le mostró una llave magnética, con la que había abierto la puerta—. Cuando hemos descendido pensé que tú querrías tener las armas dispuestas y vine a prepararlas.

Ben le arrebató, furioso, la llave,

—Sólo hay dos en la nave. Una la tengo y la otra, ésta, la conservaba Cole.

—Es la de Cole, por supuesto.

—¿Cómo la tienes tú?

—Oh, Ben. Se la quité a Cole cuando lo amortajé, antes de meterlo en el cilindro para lanzarlo al espacio. ¿Es que debía dejar que se perdiera?

Ben pensó que había estado algo brusca con Less.

—No. claro. Lo siento. Less. Pero no comprendo cómo han desaparecido las armas.

—Yo tampoco —frunció el Ceño—.Ben, ¿seguro que siempre hemos tenido armas a bordo? .

—Supongo que sí. En realidad Cole siempre se encargó de esa cuestión como segundo oficial —Ben forzó una sonrisa nerviosa—. Confieso; que yo nunca las inspeccioné.

— Entonces podemos suponer que contraviniendo las reglas, nunca tuvimos armas a bordo.

Ben estuvo a punto de responder que no era exactamente así. pero consiguió contenerse.

—No te preocupes más por eso Less. Probablemente nunca estuvieron aquí —Ben pasó la mano por el interior de la caja. Había algo de polvo, muy poco. Insuficiente para que le revelara si alguna vez hubo armas allí.

Pidió a Less que bajase al hangar y preparase el turbocar.

—Lo usaremos para dar primero una vuelta por ahí.

Luego casi corrió a su camarote. Se cerró por dentro y abrió un pequeño cajón de su armario particular. Sacó un estuche y contempló las dos pistolas láser que contenía. Eran pequeñas, pero eficaces y Con una gran carga. Se las guardó dentro de la chaqueta, asegurándose que sus bultos no serían percibidos.

De regreso al puente no comentó con Rona el asunto de las armas. Mucho menos con Gondar. Cuando la chica le dijo que los nuevos análisis confirmaban los que hicieron desde el espacio, Ben dijo:

—Revisaremos antes que nada los desperfectos externos. Si los podemos reparar pronto postergaremos una corta inspección por los

alrededores. Si el trabajo fuese demasiado... Rona, ¿cuántas horas de luz nos quedan?

—Anochecerá dentro de cuatro horas. Ben.

—Bien. En ese caso me temo que de todas formas no tendremos otra alternativa que dejar la inspección para mañana. Empezaremos las reparaciones cuanto antes. Gondar, saque el material preciso, instale, luces para el caso que la noche se nos venga encima.

Gondar asintió y se retiró.

Ben se pasó la mano por la cara. Tenía los ojos cerrados y sintió que Rona se las apartaba. Ella se acercó más y le besó.

—Estás preocupado, cariño.

—No lo niego.

Le contó lo de las armas. Ella también comentó que tal vez nunca estuvieron a bordo.

—No lo creo. Cole era concienzudo con sus cometidos.

—Sospechas de Gondar —dijo Rona, afirmándolo realmente.

—Sí. El estuvo con Cole a solas. Pudo arrebatarle la llave, tomar las armas y luego devolverla para que Less la cogiese.

Ella sintió.

—Yo también sospecho de Gondar. Ese tipo es inquietante. Además, ahora pienso que la enfermedad de Rita fue demasiado imprevista.

Ahora Ben la miró arrugando el ceño.

—Explícate...

Gondar estaba allí, como esperándonos. Pudo haber sobornado a los funcionarios sanitarios para impedir que Rita embarcase con nosotros. Quizá su enfermedad no era tan grave como nos hicieron ver.

—¿Y todo eso lo hizo para embarcar en nuestra nave?

—Sí. Luego está la avería. Curiosamente salimos del

hiperespacio cerca de este planeta, de Endargur...

—¿Endargur? —exclamó Ben, casi dando un respingo—. ¿Es que este raro mundo se llama Endargur?

—Sí. Hace apenas un momento Gondar me hizo ver la singular belleza de Endargur. Yo disimulé mi asombro y él cambió repentinamente de conversación. Ben, creo que Gondar provocó la avería. Debió hacerlo durante su guardia. Estaba solo. Todos, dormíamos. Luego la explosión se produjo cuando Cole estaba en el puente.

—Con estas palabras sugieres que también él pudo haber matado a Cole —murmuró Ben moviendo la cabeza—. Quizá Cole sabía algo y Gondar temía que, cuando recuperase el conocimiento, hablase. Cole murió porque le falló el corazón... Algo muy inesperado e imposible de descubrir, en hecho semejante, un asesinato...

—Debemos tener cuidado con Gondar, cariño. Si, ha robado las armas será peligroso. Será mejor que le sigamos la corriente, como si no sospechásemos nada.

—Ese perro tenía mucho interés en que descendiéramos en este planeta.

—Efectivamente. Seguramente ya lo había descubierto anteriormente. Quería regresar, pero carecía de medios. Un carguero como el nuestro, con las bodegas vacías, sería ideal

—Y luego están esas misteriosas cajas. Gondar debió hacerlas cargar poco antes de la partida, durante las horas que él estuvo de guardia mientras nos despedíamos de Rita.

Ben golpeó la mesa. Estaba furioso. De buena gana iría en busca de Gondar y le aplastaría la cara a puñetazos. Pero se dijo que debía conservar la calma.

Debía poner al corriente a Less. Entre todos no perderían de vista a Gondar. De momento le dirían que no había prisa alguna en marcharse de allí. Convenía tener las averías reparadas. Así, cuando menos lo esperase Gondar, ellos podrían partir, con o sin él. Si tanto interés tenía en aquel planeta que él llamaba Endargur, podía quedarse allí.

Pensó en Cole y se vio precisado a realizar un sobrehumano esfuerzo para controlarse. Rona le acarició las mejillas, sonriéndole.

—Cariño, nos esperan. Tranquilízate.

—Tienes razón.

Salieron del puente. Ella caminaba delante y Ben se sintió mejor ante la serenidad de Rona. Aquella chica era maravillosa. Desde que se conocieron unos meses antes, las cosas marchaban sobre ruedas. La compañía de transportes que él fundó no marchaba bien y Rona no solo ingresó como una navegante más, sino que aportó dinero para pagar antiguas deudas y empezar a obtener beneficios. Desde entonces les salieron trabajos a menudo, seguros y bien remunerados.

Al poco tiempo, ellos intimaron y él ya había hablado en más de una ocasión de la conveniencia de formalizar legalmente su situación.

El matrimonio no parecía entusiasmar a Rona, ni siquiera el provisional. Ella estaba a gusto con él y solía decir que a veces las relaciones de una pareja las enfriaban las formalidades burocráticas.

En el hangar encontraron a Less disponiéndolo todo en el turbocar. Gondar le ayudaba a meter en la cabina trasera todas las herramientas que suponían que iban a necesitar para las reparaciones del exterior.

Condujeron el turbocar hasta la salida y Ben abrió la compuerta.

La pesada puerta de acero ascendió, mientras la rampa surgía del suelo y empezaba a bajar, hasta tocar el suelo metálico de la autopista.

Una ráfaga de aire fresco penetró en el hangar.

—Bien, echemos un vistazo a Endargur —sonrió Ben empezando a caminar hacia la rampa.

De soslayo notó que Gondar le miraba asombrado. Aquello le alegró sobremanera.

CAPÍTULO III

Ben Dogan tuvo que admitir que Gondar trabajó con entusiasmo y eficacia durante las horas siguientes, hasta que el sol empezó a ocultarse. Entonces desmontaron los andamiajes antigravitatorios y se reunieron al pie de la rampa para tomar café y bocadillos.

Contemplando la luz de las estrellas que bañaban en irreal luminosidad las construcciones que les rodeaban. Rona dijo:

—Hace una noche espléndida: de buena gana dormiría aquí fuera, en un saco.

—Desconocía tu faceta romántica: pero no sería prudente. Estamos todos mejor dentro —miró a Gondar y le preguntó—: ¿No lo cree usted así, Gondar?

El vegano asintió con un movimiento de cabeza al cabo de unos segundos.

—Desde luego. Los trabajos están casi terminados y mañana tendremos tiempo, de averiguar muchas cosas de este mundo. Por cierto, jefe, ¿quién de nosotros saldremos en el turbocar?

Ben entornó los ojos, notando sobre él las miradas curiosas de los demás. Dejaron de comer, esperando,

—Iremos todos —dijo al fin—. En el turbocar hay espacio para los cuatro.

—¿Dejando la nave sola? —inquirió Gondar frunciendo el ceño.

—Seamos lógicos. En este mundo no hay nadie,

—¿Cómo puede decir eso?

—Si hubiera alguien, habría salido —señaló, las edificaciones más cercanas, al otro lado de la amplia franja que ellos llamaban autopista y que usaban como espaciopuerto—, se hubieran manifestado. Todos esos edificios monstruosos tienen un barniz de vejez muy acusado. Me atrevería a decir que hace muchos siglos los misteriosos seres que habitaron aquí lo abandonaron todo o murieron.

—Es posible —admitió Gondar— De todas formas, pienso que no estamos, dándonos cuenta del increíble descubrimiento que hemos hecho, señor Dogan, La galaxia se convulsionará cuando regresemos con la noticia. Al menos los científicos acudirán aquí como aves de rapiña, nerviosos.

Ben sonrió. No había descubierto él hombre muchos planetas habitados por otras razas en la galaxia. Y las escasas encontradas con algún indicio de inteligencia no habían llegado al nivel de desarrollo de los terrestres..

Sin embargo, aquel pequeño mundo totalmente urbanizado indicaba muy claramente que allí había existido una raza mucho más avanzada que la humana.

Rona empezó a recoger los restos de comida y enseres.. Dijo:

—Es hora de dormir. Si queremos echar un vistazo mañana a todo esto, debemos descansar.

Ben echó el último vistazo a su alrededor y luego siguió a los demás escaleras arriba. Una vez dentro de la nave cerró la compuerta, asegurándola con los cierres.

—Nos despertaremos dentro de siete horas —dijo mirándolos a todos. No encontró ninguna resistencia y agregó—: Entonces, hasta mañana. Buenas noches.

Mientras caminaban al camarote que él compartía con Rona, ésta dijo:

—¿De veras piensas dejar al *Xamble* sin que nadie le vigile?

—Sí. Pero no temas. Nadie podrá entrar en ella y hacer algún daño dentro, si es lo que temes. Codificaré el cierre desde el exterior y seremos necesarios los cuatro para abrir la compuerta.. Cada uno de nosotros llevará una llave distinta.

—Me parece excesiva es precaución, cariño.

Entraron en el camarote y Ben se desplomó sobre el lecho, resoplando. Dijo en medio de un bostezo:

—Estoy rendido. Han sido demasiadas emociones en poco tiempo. Pero estoy ansioso de recorrer los alrededores.

Desde la ducha, Rona le dijo:

—Me alegro de que estés contento de estar aquí, cariño. Estoy seguro de que no nos arrepentiremos por haber descubierto este mundo.

Ben bostezó de nuevo, escuchando el rumor del agua sobre el cuerpo de Rona. La contempló un instante, admirando su esbelto cuerpo. En seguida lamentó estar cansado. Pese a todo, sentía deseos de hacer el amor con ella.

Entornó los ojos y comenzó a pensar que en realidad ellos no habían descubierto nada. Si sus sospechas eran ciertas, estaban allí porque Gondar les había conducido. Se dijo que no le perdería de vista al día siguiente, Sobre el vegano recaían las sospechas de haber provocado la avería en la nave y la muerte de Cole Haminson.

Sintió irritación de pronto. La sequedad del vegano le producía una repulsión profunda. De buena gana le habría encerrado, pese a no tener ninguna prueba contra él.

Sin darse cuenta, se quedó dormido.

Pero antes había chasqueado la lengua, notando el paladar dulzón. Pensó que el vino que había bebido poco antes…

* * *

Less le zarandeó varias veces con violencia.

Ben abrió los ojos y vio al muchacho sobre él. con la mirada asustada y ligeramente pálido.

Se sentó de un brinco en la cama. Entonces percibió un profundo dolor de cabeza. Gimió y se acarició la nuca.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó cuando volvió a abrir los ojos.

—Jefe, levántese en seguida —le apremió Less.

Entonces Ben se dio cuenta de que estaba totalmente vestido, de que, cuando se tumbó en la cama, se encontraba tan cansado que ni siquiera se había desvestido. Por un momento pensó que sólo había estado unos minutos con los ojos cerrados. Miró hacia la ducha. La puerta de cristal estaba entornada y el agua no caía.

—¿Dónde está Rona? —preguntó torciendo el gesto, atormentado por el dolor de cabeza.

Less le hizo beber un líquido dulzón.

—Te sentirás mejor en seguida, jefe. Es como una resaca, ¿no? Yo estaba igual cuando abrí los ojos.

—Demonios, no bebimos tanto...

—Seguro que no. pero sí lo suficiente para obligarnos a estar fuera de combate durante bastante tiempo.

—¿Quiere decir que nos drogaron?

—Exactamente, jefe.

Ben se enderezó y se sintió mejor. Su mirada se clavó en el reloj sincronizado con el tiempo de la nave.

—¡No es posible! —exclamó—. Han transcurrido más de veinte horas.

—Así es. Pronto empezará, a amanecer jefe, pero hemos perdido

un día.

—¿Dónde están los demás? —preguntó, después de asegurarse que aún tenía las armas en su traje.

— Lo siento, pero Gondar desapareció. Y también Rona.

—Por los dioses, Less. explícate de una vez.

Mientras se dirigían a la salida, Less dijo.

—Parece que yo no bebí como tú, jefe. He despertado hace un rato. Salí y escuché pisadas en el pasillo que va al nivel de la esclusa. Creí ver una figura, pero no sabría decir quién era. Aún estaba demasiado aturdido. Apenas salió al exterior, se elevó unos metros y desapareció.

—Eso significa que ha tomado un deslizador; individual —masculló Ben—, ¿Estás seguro de que Rona no se halla en la nave?

—Mira, te encontré tan profundamente dormido que he tenido tiempo de registrarlo todo. Ah, antes de ver a ese que se largaba, estuve en la bodega. La cajas misteriosas ya no están.

—No es posible que se las hayan llevado, Pesaban demasiado.

—Con el turbocar sería sencillo, jefe.

Ben se pasó la mano por la cabeza. Sobre la rampa quedaban huellas del turbocar, unos rastros de humo de sus proyectores. Los bultos habían sido arrastrados y puestos dentro del turbocar. Del vehículo no había el menor indicio, lo habían dejado fuera la última noche.

—Seguramente Gondar nos drogó, cargó los bultos y se largó. Rona despertó, antes que nosotros y al no conseguir hacernos volver en si ha ido detrás de Gondar en un deslizador individual —meneó la cabeza—. ¿Por qué habrá sido tan imprudente?

Anduvo unos metros por el suelo metálico, alejándose de la nave. Era la primera vez que veía la ciudad que se extendía por todas partes con la naciente luz del día de Endargur. Cuando estuvieron realizando las reparaciones, atardecía y tuvieron que servirse de focos.

Ben se arrodilló. Palpó la superficie metálica, pasando la mano por ella. Miró sus dedos, cubierto por una ligera capa de óxido.

Entonces se fijó en que existía un rastro del turbocar.

—Ha ido hacia el norte —dijo levantándose—. Less, baja un par de deslizadores.

Cuando quedó solo, apretó los puños, lleno de ira. Según sus primeras deducciones podía estimar que Rona había seguido al turbocar. Los deslizadores individuales podían transportar una persona a unos cuarenta kilómetros por hora y a unos dos o tres metros de altura. La corriente de aire que era expulsada por la mochila solía barrer el terreno donde se apoyaba.

A lo largo del rastro dejado por el turbocar sobre la superficie metálica oxidada, no existía ningún indicio del deslizador. Si Rona había partido en persecución de Gondar, no había tomado la dirección correcta.

Rodeó el perímetro de la nave, observando con detenimiento el suelo. Halló las huellas del deslizador al otro lado. Parecía como si se hubiera dirigido en dirección oeste.

Aún estaba reflexionando cuando regresó Less con los deslizadores. Entonces Ben selló la puerta, codificó dos llaves y entregó una a su compañero.

—Me habría gustado que al menos Rona se hubiese llevado una.

—De todas formas se necesitarán las tres para abrir la compuerta, ¿no?

Ben negó con la cabeza;

—No. Las aperturas son distintas. Si dije que las llaves serían solidarias fue porque Gondar estaba delante.

Se dejó ayudar por Less para colocarse la mochila.

Luego él hizo lo mismo con la del muchacho, asegurándole los cierres.

Se colocaron los cascos de plástico que les cubrían el rostro.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —preguntó Less.

Ben vaciló un momento.

Luego señaló hacia el oeste.

—Buscaremos primero a Rona —dijo—. Tú sígueme, Procura no alejarte demasiado de mí.

El deslizador podía controlarlo desde el dispositivo de control que se había colocado en el cinturón. Apretó la apertura y la cortina de aire lo elevó un par de metros. Less hizo lo propio y entonces él aumentó la presión y empezaron a volar.

Pasaron por encima de la amplísima autopista de metal y se acercaron a los primeros edificios. Ben los observó con curiosidad, pese a que su mente estaba casi totalmente ocupada por Rona.

Las casas tenían desde pocas plantas hasta más de un centenar. Algunas carecían de ventanas, pero otras poseían abundantes y amplias terrazas y ventanas. Las había cilíndricas, cúbicas y de todas las formas. El material predominante era el acero, pero existía mucho plástico y otros elementos que desde lejos Ben no podía saber cuáles eran.

Algunos edificios parecían haber sido construidos sobre otros más antiguos, usando sus viejos cimientos o, sencillamente, sobre los terrenos de los que tenían pocas plantas.

Amplias ventanas se mezclaban con intrincadas callejuelas, sórdidas y oscuras, a las que el sol no llegaba nunca.

Las casas cercanas a la autopista ofrecían una pátina de oxidación y abandono muy patente.

Ben y Less ascendían siempre por encima de las casas, pero cuando llegaron a un barrio donde los edificios alcanzaban más de mil metros volaron a sólo un centenar de metros de las calzadas.

Usaban los deslizadores a toda potencia, siempre usando como soportes para los colchones de aire algunos elementos resistentes. Podían hablar entre sí por medio de los micrófonos incorporados dentro de los cascos, pero hasta el momento ninguno había pronunciado una sola palabra.

Ben siempre iba delante *y* señalando el camino, Less le seguía a una docena o más de metros.

Pronto el desaliento cundió, en Ben. Intentar buscar a una persona en aquel lugar era perder el tiempo. Podía estar mil años recorriendo el vasto complejo ciudadano y nunca hallaría a Rona, aunque estuviera quieta en el mismo lugar. Y probablemente Rona

estaría moviéndose de un lado para otro.

—Bajemos en aquella terraza.

Habló señalando un edificio robusto de dos centenares de, pisos que se alzaba en medio de unas construcciones cilíndricas con remates de cúpulas que centelleaban al sol.

Rebasaron el muro de la terraza y se posaron en el suelo bruñido. Sus botas levantaron nubecillas de polvo: Less aterrizó deficientemente y rodó unos metros, ante la sonrisa irónica de Ben.

El capitán del *Xamble* consultó su brújula y calculó que se habían, alejado de la nave unos treinta kilómetros. El edificio donde estaban era de considerable altura, pero desde allí no vio la autopista. Estaban rodeados por una interminable masa de casas. Al otro lado parecía comenzar una zona donde los edificios estaban muy juntos, unidos por puentes, y, pasadizos elevados.

Ben se quitó el casco y lo miró un rato. Rona debió haberse llevado uno igual. ¿,Qué podía haberle pasado a la chica? Ella podía comunicarse con ellos, ya que oí transmisor tenía un alcance de más de mil kilómetros.

Como si hubiese adivinado sus pensamientos. Less dijo:

—Tal vez se le haya estropeado, jefe.

—Quizá —miró con desesperación la jungla que les rodeaba—. Nunca, podremos encontrarla, Less.

—Aunque había esperado una respuesta que le alentase, Less fue sincero y dijo:

—Así es. Sólo estamos perdiendo el tiempo. Pero estoy dispuesto a seguir con esto hasta que decidas dejarlo, jefe.

—Gracias, Less, no esperaba menos de ti. Será mejor que también tú vayas armado.

Le entregó una de las pistolas, que Less tomó asombrado.

—Creí que no quedaban armas a bordo.. —dijo.

—No son de la armería, reglamentaria. Yo tenía dos en mi camarote.

El joven resopló:

—Ahora me siento mejor —miró en su entorno, añadiendo.—: ¿Sabes que a veces me parece que estoy siendo observado?

—Yo también tengo esa sensación —asintió Ben.

Anduvo por la terraza de amplias dimensiones. En el centro había un conjunto de casamatas. Pensó que podían ser las terminales de los ascensores y escaleras.

Empezó a mirar el lugar con interés. Hasta entonces no se había dado cuenta de que aquel edificio era un poco distinto a los demás. Aparte de estar aislado en una especie de plaza, su diámetro era superior a los que hasta el momento había visto.

—Less, intentaremos entrar. Tengo curiosidad por saber so que hay dentro —dijo señalando las casamatas:

Caminaron hacia ellas. Había unas puertas cerradas en distintos puntos y alturas.

Entonces una de ellas se abrió y una figura surgió del oscuro interior.

Sin que pudieran reaccionar, la figura sacó un arma y disparó.

CAPÍTULO IV

El primer disparo fue hecho sin apenas apuntar. El arma del desconocido no era un láser, sino que proyectó sobre ellos, por encima de sus cabezas, una bola de fuego que se diluyó unos metros más allá.

Cuando sonó el segundo disparo, Less y Ben rodaban por el suelo de la terraza. La bola de fuego trazó un reguero por el pavimento de metal, dejando un rastro negro.

Detrás de la primera figura salió una segunda, portando ésta un arma mucho más grande y pesada, que tenía que manejar con ambas manos.

Ben los observó. Eran altos y delgados y vestían trajes negros muy ajustados al cuerpo. Las cabezas estaban tocadas por un casco de metal gris y una visera grande casi les ocultaba las facciones.

Sacó su láser y, después de apuntar ligeramente, disparó. Alcanzó al primer tipo en pleno pecho. Vio que el traje oscuro se incendiaba alrededor del agujero que había hecho cerca del corazón. Rodó por el suelo. Su compañero empezó a levantar la pesada arma.

Ben vio que Less disparaba. Pero el joven lo hizo precipitadamente y su dardo luminoso se estrelló contra las casamatas. Entonces volvió a efectuar un nuevo disparo.

El individuo se movió y aunque Ben intentó darle también en pleno corazón, sólo consiguió dar en el arma. Entonces sucedió lo que no habla esperado. La pesada arma estalló, quizá porque el disparo de Ben había perforado el depósito de algún tipo de energía. Una gran bola incandescente rodeó el cuerpo del hombre, que al instante se convirtió en una antorcha.

Dio unos pasos torpemente por la terraza y cayó de bruces, terminándose de consumir allí.

Ben se levantó y seguido de Less, se dirigió hacia el primer desconocido. Se arrodilló y empezó a levantarle la visera de plástico. Se detuvo cuando una sombra, se cernió sobre él. Alzó la mirada y palideció.

Otro de aquellos tipos vestidos de negro estaba sobre la más cercana de las casamatas y empuñaba una pistola en cada mano, con las que le apuntaba a él y a Less.

En una fracción de segundo comprendió que ninguno de los dos dispondría de tiempo para anticiparse a la acción del enemigo,

De detrás del hombre vestido de negro surgió una bola ígnea que le golpeó en la espalda. Sin proferir un gemido rodó por la casamata, yendo a detenerse a pocos metros de donde estaban los dos miembros del *Xamble.*

Escucharon el leve rumor de un deslizador sobre sus cabezas. Inmediatamente Ben pensó que se trataba de Rona, que les había localizado. Pero cuando se volvió, entre el asombro y la más grande decepción, vio que se trataba de una mujer, pero no Rona.

La chica descendió suavemente a poca distancia de ellos y les sonrió al tiempo que decía:

—¿Es que pretende enfrentarse a todas las fuerzas de Ardag?

—6Qué quiere decir usted? —preguntó Ben mirando desconfiado el arma que llevaba la chica, aunque no les apuntaba a ellos.

Ella era muy joven y bonita. Su cabellera rubia se escapaba por el casco de vuelo. Portaba un deslizador muy liviano, de un modelo desconocido para Ben. Tenía una figura esbelta y su sonrisa resultaba encantadora, incluso en medio de tres cadáveres incinerados.

—Será mejor que nos vayamos cuanto antes —dijo mirando con recelo las casamatas.

—¿Quiénes son estos hombres? —preguntó Ben señalando el cadáver menos mutilado que él pensaba inspeccionar.

—¿Hombres? —rió ella con ironía—. No me haga reír. Vamos, levántele la visera.

Less lo hizo y ambos vieron el rostro blanco de un hombre. Parecía que ya era cadáver antes de matarlo Ben. Tenía los ojos abiertos y eran totalmente blancos.

La chica daba muestras de impaciencia.

—Vamos. Ya lo ha visto. Ahora síganme. Si tenemos suerte, conseguiremos escapar de aquí antes que den la alarma.

Se pusieron los cascos y, antes de elevarse, Ben preguntó:

—¿Qué es este edificio?

Ella dijo antes de accionar su deslizador:

—El cuartel general de Ardag, la guarida de la fiera más despiadada de la galaxia.

* * *

Siguieron a la muchacha durante un buen rato. Ella volaba a gran velocidad y con dificultad consiguieron no perderla de vista, ya que zigzagueaba entre los edificios manteniéndose muy cerca de ellos, como buscando su protección.

Ben comprendió que daba muchas vueltas, como queriendo despistar a presuntos perseguidores.

Media hora más tarde, ella les indicaba que iban a descender. Se hallaban sobre un barrio de construcciones que se alzaban de forma irracional, como un proyecto salido del banco de un arquitecto loco. Callejuelas y laberintos de estrechar calles se mezclaban entre pasadizos elevados y serpenteantes puentes.

Se hundieron en la negrura de tos fondos, donde el aire olía a humedad y óxido.

La chica se posó en una pequeña terraza, cuyo suelo de planchas de acero estaba destrozado. Al fondo había una puerta, que ella abrió usando un codificador. Se hizo a un lado, invitándoles a entrar. Ben receló un poco, pero terminó franqueando el umbral, seguido de Less. La chica entró la última y cerró la puerta.

Por unos segundos no vieron nada, hasta que una luz se encendió delante de ellos, mostrándoles un largo pasillo:

La chica pasó delante de ellos y se puso en cabeza. Con elocuente silencio les fue mostrando un sendero flanqueado de acero que cada vez era más lustroso.

Entraron en una estancia amplia. Allí había un hombre sentado detrás de una mesa con comida. Se levantó al verles y se dirigió hacia ellos, sonriente y tendiéndoles una mano.

Hola —dijo enseñando en su sonrisa una blanca dentadura—. Soy Lormeg. Me alegro de que Glenda haya llegado a tiempo. Mientras os mostraba el camino hacia aquí, me contó que os localizó cuando

vosotros estabais precisamente en el cubil de Ardag.

Ben se volvió para mirar a la chica.

—Celebro conocerte, Glenda. Debes perdonarnos si no te hemos dado las gracias por habernos salvado la vida.

Ella soltó una grata risa.

—Creí que no os habíais dado cuenta de ellos. Pero dejadlo. No tiene importancia. Aunque es penoso, en cierto modo es gratificante el día que resultan muertos tres ardaganos.

Lormeg mostró unas sillas vacías y pidió a sus huéspedes que se acomodasen. Luego les invitó a comer. Ben y Less no tenían el menor apetito, aunque aceptaron unas copas de vino.

—¿Puedes decirnos ahora qué pasa aquí, Lormeg? —preguntó Ben después de sacar un cigarrillo.

Lormeg estaba mondando una fruta grande y de piel rojiza. Dejó el cuchillo sobre la mesa y dio el primer mordisco. De las comisuras de sus labios resbaló una savia espesa. Con una servilleta se limpió y dijo:

—Es muy largo de contar. ¿Por qué habíais ido a ese edificio?

—No lo elegimos. Estábamos buscando a una mujer, a Rona Saintlow. Tenía un ligero rastro dejado por el deslizador, pero creo, que terminé siguiendo las señales del turbocar.

Lormeg y Glenda cruzaron una mirada entre sí que molestó mucho a Ben.

—A primera hora de hoy pedí a Glenda que fuese al Cinturón a buscaros. Me dijo que la nave estaba sellada y que creía poder alcanzaros. Al parecer llegó a tiempo para evitar que un ardagano os friera.

—Creo que pensaban entrar en el edificio —dijo Glenda.

—Habría sido vuestro fin, amigos —aseguró Lormeg.

—¿Quiénes son los ardaganos?

—Ardag los llamó así. Es un indicio de su locura, ¿es que no visteis sus ojos, carentes de vida? Hace poco tiempo fueron humanos,

pero ahora sólo son marionetas, zombis o ciborgs, que obedecen mentalmente a Ardag.

Ben se estremeció al pensar en Rona, sola por aquella jungla urbana.

—Tengo que encontrar a Rona.

—No debes deambular por Endargur sin conocer antes sus peligros.

—Decidme qué es este planeta.

—Un viejo mundo, donde convivieron varias razas hace milenios —Lormeg tomó un cigarrillo de Ben y este se lo encendió. Agradeció el gesto con una inclinación de cabeza y después de exhalar una bocanada de humo, añadió—: Casi todas eran humanas y pocas humanoides.

—¿Cómo es posible eso?

—¿Por qué no? En este mundo llegaron a existir más de un billón de seres.

—No es posible...

—Claro que sí. Nosotros estamos sobre la ciudad externa, pero debajo existen otras, docenas de niveles. El núcleo es minúsculo, apenas del tamaño del asteroide Palas. Desmantelaron los anillos de un gigantesco planeta muy alejado de Plummol, todos los asteroides cercanos Empezaron a construir esta ciudad cuando su planeta sufrió una serie de oscilaciones que le hizo perder la órbita habitual y precipitarse en el sol.

—¿Por qué no emigraron a oíros mundos?

—Oh, no lo sé. Tal vez no encontraron la forma de viajar a las estrellas cercanas.

—No puedo creerlo...

—Ten en cuenta que la estrella más cercana a Plummol está a más de cincuenta años luz —Lormeg meneó la cabeza—. En la Tierra se saltó a las estrellas porque Alfa Centauro está relativamente cerca.

—¿Por qué desaparecieron?

—Creo que comenzaron los problemas. Algunas razas dejaron de procrear y otras pretendieron alzarse con el poder. Hubo guerras y el número de habitantes disminuyó rápidamente. Al final sólo quedó una que se apropió de todos los avances científicos y entonces provocó algo que dejó Endargur sin seres. Eso sucedió hace siglos o milenios.

—Pero vosotros sois humanos. ¿Terrestres?

—Yo nací en Altair: pero Glenda es terrestre.

—¿Qué hacéis aquí?

Glenda sonrió y a Ben le cautivó su sonrisa franca y amistosa.

—Hace un año encontramos Endargur gracias a un accidente. Aterrizamos aquí y nos quedamos asombrados por lo que vimos. Regresamos a la Tierra y no contamos nada. Organizamos una expedición más completa y estamos aquí desde hace meses. Acudimos con un equipo grande para ayudar a los compañeros que se quedaron y...

La sonrisa de Glenda se trocó en una mueca de amargura.

—Nos encontramos con una desagradable sorpresa, amigos.

—¿Fueron atacados vuestros compañeros por los que llamáis ardaganos?

—Un momento —intervino Lormeg—. Quiero aclararos que los ardaganos no son nativos de Endargur, si es que lo habéis pensado.

Ben se pasó la mano por la cara. Estaba confuso y prácticamente no entendía nada.

—¿Quién es Ardag?

—Un terrestre. Vino en la primera expedición y se quedó aquí. En nuestra ausencia tramó un plan y se alzó con el poder de todos. Lo consiguió porque a solas hizo averiguaciones y localizó algunos de los viejos secretos de Endargur. Pero necesitaba ciertas mercancías que no podían obtenerse aquí. Se apoderó de nuestra nave y envió a un íntimo colaborador suyo a la Tierra. Pero esa nave estaba muy deteriorada y no podría regresar. Por lo tanto, el enviado de Ardag tendría que valerse de otros medios —los miró fijamente—. Vosotros. Os ha usado para traer aquí el material que necesitaban.

—Gondar —exclamó Ben, crispando los puños al recordar a aquel tipo.

—¿Qué te sugiere mi nombre, Ben Dogan?

Ben se revolvió. Gondar estaba detrás suya, sonriendo levemente, con los brazos en jarra.

Empezó a alzarse, a sacar su pistola, Lormeg también se levantó y le contuvo, intentando tranquilizarle al decirle:

—Quieto, amigo. Debes calmarte. Gondar ha llegado hace poco aquí y su ayuda nos será muy valiosa para combatir a Ardag.

—Gondar escapó en la nave que se llevó esa persona íntima de Ardag —dijo Glenda—. Lo hizo oculto. Durante este tiempo ha estado siguiendo a...

—¿Quién nos obligó entonces a surgir del hiperespacio cerca de este planeta? —inquirió Ben lleno de confusión—, Si no ha sido Gondar...

—Sólo puede ser, en este caso, otra persona, ¿no?

Ben abrió la boca y creyó que la habitación le bailaba.

Musitó:

—Rona.:.

CAPÍTULO V

El viento azotaba el rostro de Ben. En la cúspide del edificio hacía frío y las sombras de la noche de Endargur se abatían sobre él, lenta pero inexorablemente.

Ben estaba tan abstraído en sus pensamientos que no escuchó a Glenda acercarse a él. No supo de la presencia de la muchacha hasta que ella dijo:

—Lo siento.

Sólo entonces se volvió y la miró a los ojos.

—¿,Por qué lo sientes?

—Me imagino que amabas a esa mujer. Te habrás sentido muy decepcionado.

—No puedo creerle.

—Pero debes aceptar la realidad —dijo Glenda secamente—, Si no crees que Rona te engañó, que te utilizó para volver aquí, significa que piensas que nosotros te hemos mentido y somos los que pretendemos engañarte.

Ben meneó la cabeza.

—Había pensado que Gondar era el traidor. Sólo él podía haber matado a Cole Hamilton... Entonces, ¿también Rona es una asesina?

—No puedo saber lo que pasó a bordo del *Xamble,* pero si la muerte de Cole no fue natural, sólo Rona pudo haberle matado.

—Es muy duro de creer...

—Si quieres, me marcho y te dejo solo...

—No. Prefiero tu compañía —dijo mirando la ciudad que se extendía alrededor de ellos. Aquel edificio era uno de los más altos que había y se comunicaba subterráneamente desde la guarida de Lormeg.

Al cabo de un rato, Ben dijo:

—Explícame lo que ha pasado aquí.

—Creí que te habías enterado —Glenda suspiró ruidosamente—. Está bien. La expedición primitiva la componíamos más de cien personas. En la segunda llegaron más. Uno de los jefes era Ardag, que pronto nos asustó con sus ambiciones. Creo que él fue quien averió la gran nave y sólo pudimos usar una pequeña para volver a la civilización en busca de ayuda. Lo hizo Rona, engañándonos a todos. Pero Gondar no cayó en la trampa, y se escondió en la pequeña nave al partir.

»Cuando nos quedamos solos, Ardag se quitó la máscara y ayudado por algunos hombres llenos de ambición como él, sometió al resto de los expedicionarios.

»Poco a poco fue convirtiendo a todos los hombres y mujeres en fieles servidores suyos. Los convirtió en zombis. Sólo escapamos Lormeg, yo y tres hombres más. Pero estos últimos cayeron hace poco en una trampa en manos de los ardaganos de Ardag y ahora deben ser otros servidores del tirano de este mundo.

«Nuestra esperanza estaba puesta en Gondar. Ayer se presentó aquí. Nos contó que durante mucho tiempo estuvo siguiendo los pasos de Rona, la amante de Ardag. Rona consiguió llegar a la Tierra, pero su nave no soportó el largo viaje y quedó destruida después del aterrizaje. Durante este tiempo buscó el equipo que precisaba Ardag. Al parecer, se hizo íntima amiga tuya, ganando tu confianza. Ella modificó su aspecto físico y casi estuvo a punto de despistar a Gondar, quien también se sometió a una operación facial.

Ben asintió en silencio. Era frecuente actualmente que muchas personas cambiasen su aspecto por poco dinero. Robots cirujanos, podían llevar a cabo semejante operación en corto tiempo.

- Pero Gondar os localizó y provocó una enfermedad no peligrosa en Rita, vuestra navegante, ocupando su puesto sin despertar sospechas en Rona.

—De todas formas, no me ha asustado lo que hizo Gondar —masculló Ben—. Al inocular el virus en Rita cometió una imprudencia...

—No. Rita nunca estuvo en peligro —rió Glenda—. Seguro que los médicos que la cuidan se habrán sorprendido al ver que se recupera tan pronto!

—¿Por qué Gondar no denunció el asunto a las autoridades? Creo que habría sido lo más lógico, en lugar de estar siguiendo los pasos de Rona.

—Ardag nos tenia prisioneros a todos. Cuando Gondar supo lo que ha pasado, lamentó no haberlo hecho, pero mientras tanto él pensaba que Ardag no se habría atrevido a convertir a sus antiguos compañeros zombis usando las viejas instalaciones de Endargur.

—¿Qué contenían esas cajas? —preguntó Ben—. Por supuesto, fue Rona quien las hizo subir a bordo, ¿no?

—Desde luego. En cuanto al contenido de las cajas... la verdad es que no sabemos qué contienen. Pero pensamos que algún elemento qué Ardag no ha encontrado en este planeta.

- ¿Y ahora? ¿Qué podernos hacer ahora?

Glenda hizo una mueca con sus atractivos labios.

—Gondar vio salir a Rona en el turbocar y la siguió unos minutos, hasta que ésta se aproximó demasiado al cubil de Ardag y él optó por reunirse con nosotros. Nos dijo que debíamos Volver inmediatamente y escapar de aquí cuanto antes.

—¿Por qué no fueron al *Xamble?*

—Porque ustedes ya se habían ido de allí, creyendo que seguían a Rona y por poca no caen en manos de los esclavos de Ardag —Glenda suspiró—. Ahora, me temo que será tarde. Hemos perdido un

tiempo precioso. Ardag ha tenido la oportunidad de rodear la nave.

—Pero no podrá entrar en ella sin los codificadores.

—Entonces intentará encontrarnos —Glenda extendió los brazos, como si quisiera abarcar con aquel gesto la inmensa ciudad—. Pero nunca podrá localizarnos aquí.

Ben se apartó del pretil y dijo:

—Bajemos. Quiero hablar con Gondar y Lormeg.

Entraron en el ascensor, que velozmente les condujo al sótano.

—¿Cómo es que aún hay energía?

—En este sector existen aún en funcionamiento grandes captadores de energía solar —explicó Glenda—. Se almacena de día en los depósitos subterráneos. Los usamos para alumbrarnos y cocer nuestros alimentos ahora, pero cuando llegue la estación invernal evitará que nos muramos de frío.

—¿Qué estación es ésa?

Ella sonrió,

—Bueno, tú aún no has conocido un invierno en Endargur. Este planeta se aleja demasiado de Plummol y la temperatura desciende hasta los veinte grados bajo cero aquí, en el meridiano. Te imaginas él frío que hace en los casquetes polares?

—Espero que nos marchemos antes.

—Yo he pasado ya por esa experiencia y te aseguro que sólo en un edificio con calefacción se puede subsistir.

Salieron del ascensor y anduvieron por los sótanos solitarios. Entraron en el túnel que pasaba por debajo de una amplia avenida y entraron en la casa donde tenían el refugio.

—Supongo que dispondremos de suficientes reservas de energía para el caso de tener que vivir aquí mucho tiempo —comentó Ben.

Dejaron atrás las extensas plantaciones hidropónicas, de las que obtenían legumbres y frutos. A su paso salían asustadas las criaturas parecidas a liebres que solían cazar pitra, obtener proteínas…

En el nivel, que ocupaban les esperaba Gondar en el dintel de la entrada.

—Estábamos preocupados por usted, señor Dogan. hasta el extremo de que, Glenda salió en su busca.

—Le encontré en la terraza del edificio, al otro lado de la avenida —dijo ella.

—¿Por qué fue allí?

Ben se encogió de hombros.

—No lo sé. Quería estar solo.

—Lamento haberle disgustado al decirle la verdad; pero usted debía conocer los hechos tal como fueron. ¿Amigos?

Ben miró un instante la mano extendida de Gondar. Se la estrechó con fuerza y trató de esbozar una sonrisa amistosa.

—Creo que a bordo del *Xamble* debió decirme: quién era usted, Gondar —se lamentó.

—¿De veras lo cree así? —rió Gondar—. Si entonces le hubiese dicho que Rona era una zorra que le había estado engañando, me habría lanzado por encima del espacio.

—Quizá —dijo Ben—, Si me hubiese presentado pruebas…

—¿Qué pruebas tenia? —exclamó Gondar, abriendo los brazos —. Durante mucho tiempo había estado siguiendo a Rona. Ni siquiera yo podía darle las coordenadas exactas para llegar a Endargur. Recuerde que viajé oculto en la nave que usó Rona para salir de aquí. Creo que ella ya sospechaba de mí e intentó confundirle contándole que yo había mencionado este planeta por su nombre.

—Así es; Desde entonces sospeché que usted tenía algunos motivos para llegar hasta aquí.

—Oh, usted creyó todo lo malo del mundo acerca de mí. Supuso que había metido las cajas misteriosas en la bodega, desviando el curso de la nave, matando a Cole para luego escapar robando el turbocar.

Ben asintió con la cabeza, añadiendo:

—Así es. Y me volví loco cuando a bordo no vi a Rona. Pensé que ella le había seguido y que usted no dudarla en matarla.

Gondar le echó una mano por los hombros y le condujo hasta la mesa de trabajo de Lormeg.

—Olvidemos todo eso, amigó. Podemos tutearnos y encontrar entre todos la forma de salir de aquí —se sentó y extendió unos grandes mapas—; Los ha hecho Lormeg y son bastante buenos,

Lormeg dijo:

—Son planos de este sector de la ciudad En realidad no son muy de fiar, pero podemos, hacernos una idea —señaló una granja dibujada en rojo—. Esto es lo que llamamos la autopista, pero en realidad no sabemos el uso que tuvo. Está a unos cien kilómetros de aquí. A unos sesenta está el cubil de Ardag. Tendremos que dar un pequeño rodeo para llegar hasta tu nave, Ben.

—Eso tendríamos que hacerlo con mucho cuidado, ¿no?

—Por supuesto. Ardag puede tener apostados, a varios de sus zombis, esperándonos.

En aquel momento entró Lesspeps. Comía unas grandes fresas, sosteniendo entre las manos un montón de ellas.

—Hola, jefe —saludó Less—, ¿Cuándo nos marchamos?

—Eso estamos discutiendo—sonrió Ben—.. ¿Tenéis armas todos?

—Sólo Glenda posee un láser —dijo Gondar—. Rona se hizo con todas las que había en la nave; Ben.

Dogan mostró su pistola.

—Ya debéis saber qué tengo ésta y Less posee otra, tendrán que bastarnos.

—Podríamos intentar volver a la nave de noche —sugirió Less.

Lormeg se rascó la barbilla.

—Los ardaganos de ese loco poseen visión de infrarrojos. Tanto nos servirá intentar escapar de noche como de día.

—Entonces, tendremos que intentarlo de día. Al menos no

estaremos en desventaja. Ahora que estamos de acuerdo, ¿sabe alguien lo que Ardag intenta hacer?

—Es obvio que él encontró unos secretos fabulosos y los quiere sólo para él. Sería funesto para sus planes que nosotros escapásemos y diésemos la alarma en la galaxia.

—¿Por eso mismo destruyó la voluntad de sus compañeros de expedición?

—Sí, casi todos nos opusimos a mantener en secreto indefinidamente la existencia, de Endargur. Cuando, Rona se marchó, empezó a capturar a hombres y mujeres. Lo hizo de forma que nadie sospechó nada. Los fue llevando a su cubil y allí los sometió a una serie de operaciones con métodos, endarguranos que sólo él conocía. Cuando nos dimos cuenta, sólo unos pocos escapamos. Pero él los fue capturando a todos. Sólo Glenda y yo conseguirnos salvarnos. Ardag no conocía este lugar y nos quedamos aquí, puesto que Gondar sabía que debería buscarnos en los sótanos de este edificio si conseguía regresar.

Gondar carraspeó y atrajo la atención de Ben,

—Dogan, no estoy muy seguro, pero creo que dentro de seis meses las autoridades de la galaxia conocerán la situación de Endargur.

—¿Qué dices?

—Gondar me lo ha dicho —intervino Lormeg—, Antes de que la *Xamble* aterrizara aquí envió un cohete sonda. Tardará cien días en alcanzar un planeta controlado por la Tierra.

—Pero la posibilidad de que nos hagan caso es muy remota. Cuando orbitábamos Endargur me hice con las coordenadas y las puse en ese cohete —Gondar sonrió—. ¿Sabes que al principió os tomé por cómplices de Ardag? Pensé que Rona no estaba engañándote, sino que tú colaborabas de buena gana con ella,

—Creo que todos nos equivocamos en nuestras apreciaciones —suspiró Ben—, De todas formas, intentaremos irnos cuanto antes, pero siempre será reconfortante pensar que, en todo caso, antes de seis meses las autoridades galácticas descenderán, en Endargur.

Empezaron a prepararlo todo para la marcha. Revisaron los deslizadores y Lormeg trazó una ruta por entre los edificios, que él

suponía seria segura.

—¿Cuándo empieza el infernal invierno de Endargur? —preguntó Ben al estremecerse al salir al aire del atardecer.

—Dentro de dos semanas empezará a bajar la temperatura. Antes de un mes estará en su crudeza más elevada, que durará otro mes —explicó Glenda mientras se ajustaba el deslizador.

Caminaron por la terraza. Lormeg dijo que aún tenían dos horas de luz. Si todo salía bien, antes de treinta minutos estarían cerca de la nave. Preguntó a Ben cuánto tiempo precisaba para ponerla en el espacio y él contestó:

—Unos cinco minutos.

Gondar hizo una señal y todos se elevaron lentamente al accionar sus respectivos deslizadores. Usaron como sustentores los edificios de menos altura, avanzando siempre pegados a sus muros.

Lormeg iba en cabeza, adelantado de los demás unos treinta metros. Le seguía Ben, luego Glenda y cerraba la comitiva Less, que votaba a pocos metros de Gondar.

Ben miraba sobrecogido la silenciosa ciudad. El viento, cada vez más fuerte, silbaba agudamente por entre las calles estrechas. Cuando entraban en alguna avenida amplia tenían que usar los deslizadores a toda potencia para no dejarse llevar por los vientos.

Sobre los rascacielos el sol Plummol se iba formando rojo al descender en el horizonte. Una espesa niebla se iba formando en las partes más profundas de la ciudad, serpenteando por las callejuelas y ascendiendo lentamente por los muros, como trepando con pereza.

De vez en cuando, Ben volvía la mirada para asegurarse que todos seguían en sus puestos. Un momento su mirada se cruzó con la de Glenda y ambos se sonrieron.

Después de rodear un gran edificio de metal, con muchas terrazas y ventanas abiertas por las que penetraba el viento ululante, avistaron la cinta metálica que dividía el planeta en dos.

Ben no reprimió un suspiro de alivio. Sabía que él sólo nunca habría logrado hallar el camino de regreso con tanta facilidad, pese a contar con la brújula y el detector que le señalaba constantemente la posición de su nave.

Lormeg seguía volando delante de ellos y en un instante incrementó la velocidad de su deslizador. Le hacía señas y pronto vieron el *Xamble,* posado en la amplia franja de metal, casi en la cuneta de lo que ellos pensaban que pudo haber sido una autopista antaño.

Allí las edificaciones eran cada vez de menor altura. Vio que Lormeg, sobrevoló unas casas de tres y cuatro pisos y estaba a punto de alcanzar la autopista cuando su cuerpo pareció chocar contra un invisible muro.

Ben apenas tuvo tiempo de frenar su deslizador y quedóse flotando en el aire. Los demás hicieron lo mismo.

Lormeg empezó a perder altura y sus brazos se movieron como si pretendiese nadar en el aire. De pronto, de las inmediaciones de la autopista surgió un resplandor. Un haz de luz chocó con el cuerpo de Lormeg y éste empezó a caer pesadamente al suelo.

—¡Escondeos! —gritó Ben por el comunicador del casco—. Hemos caído en una trampa.

Se dio cuenta de que había figuras alrededor de la nave. Desde allí habían disparado contra Lormeg.

Habían sido unos estúpidos al acercarse tan confiadamente al *Xamble.* Debieron haber tomado precauciones. Ahora era tarde. Si no se movían con rapidez, irían cayendo unos detrás de otros.

Vio que Glenda volteaba su cuerpo y se alejaba de la autopista. Less hacía lo mismo y Gondar le esperaba a él.

—Huyamos de aquí, Gondar —le dijo Ben al pasar, por su lado.

Se detuvo al darse cuenta de que Gondar parecía estar paralizado, quieto sobre el alféizar del edificio que, de puro viejo, daba la impresión de que iba a caerse de un momento a otro.

Vio que Gondar tenía la mirada clavada en el cuerpo estrellado sobre la autopista de Lormeg. Irritado, Ben lo cogió por un brazo y lo sacó de allí.

De reojo, Ben observó que varios trallazos de luz se estrellaban sobre los muros cercanos.

Una potente voz, amplificada por un poderoso altavoz, les

conminó:

—¡Regresen! Lo que han visto es una advertencia. Les habla Ardag, dueño y señor de Endargur.

Ben notó que Gondar tenía intención de pararse. Con la mirada le dijo que supondría una temeridad y siguieron volando tras el rastro de Less y Glenda. La voz volvió a escucharse, multiplicada por el eco. Ahora sonó más furiosa.

—Puedo perdonarles la vida. Quiero que el navegante Ben Dogan me entregue los codificadores. ¡En caso contrario lo consideraré mi enemigo y caerá como todos los demás durante la estación invernal!

Seguían alejándose y la voz fue perdiendo potencia, hasta que dejaron de oírla. Entonces Gondar dijo:

—Es Ardag.

—Entonces no volveremos al refugio hasta estar seguros de que no nos siguen —repuso Ben,

Se reunieron con Less y Glenda. Después de un breve descenso sin cambiar una palabra, reemprendieron el regreso al refugio, al cual habían pensado no volver a ver más.

Y Gondar, aún aturdido por la muerte de Lormeg, insistió en predecir funestos días para ellos.

—Ese maldito tiene algún plan para acabar con nosotros cuando lleguen los fríos. ¡Está loco, pero su mente actúa despiadadamente!

CAPÍTULO VI

Ben dio una chupada al cigarrillo, profunda, hasta que la brasa le llegó a los dedos. Entonces arrojó la pequeña colilla a un rincón. Se revolvió en la cama, inquieto. Sobre una mesa brillaba una tenue luz, que él había amortiguado para intentar dormir aquella noche. En la pared cercana al ventanal, las placas calefactoras ofrecían su ígnea luminosidad.

Se sentó en la cama y rebuscó entre sus pertenencias algún cigarrillo. No encontró ninguno. Lanzó una maldición.

Una sombra se interpuso delante de la luz de la puerta abierta de su dormitorio.

La figura esbelta de Glenda le hizo contener la respiración. Quedóse tenso, viendo como ella avanzaba hacia él, con su blusa transparente y unas diminutas bragas.

Glenda llevaba algo en la mano, que le tendió. Ben lo miró asombrado. Era un paquete completo de cigarrillos.

—Lo encontré entre las cosas de Lormeg —dijo ella—. Yo no fumo.

Después de encender uno, Ben preguntó:

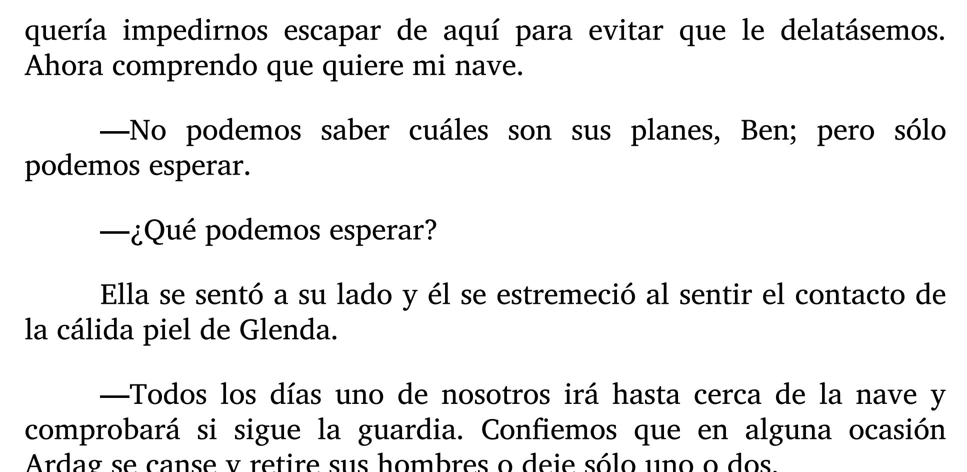
—¿Regresó Gondar?

—Sí, Dice que la nave sigue vigilada.

—Estamos igual —gruñó Ben—. Había confiado que cuando llegara el frío esos perros guardianes de Ardag se retirarían de las cercanías del *Xamble,*

—Dejaron de ser humanos cuando pasaron por los laboratorios de Ardag y ahora le obedecen ciegamente; como si fueran robots programados. Sus cuerpos pueden resistir mejor que nosotros el creciente frío del exterior si cuentan con un equipo medianamente eficaz.

—Ese Ardag me ha desconcertado, lo confieso. Creí que sólo



quería impedirnos escapar de aquí para evitar que le delatásemos. Ahora comprendo que quiere mi nave.

—No podemos saber cuáles son sus planes, Ben; pero sólo podemos esperar.

—¿Qué podemos esperar?

Ella se sentó a su lado y él se estremeció al sentir el contacto de la cálida piel de Glenda.

—Todos los días uno de nosotros irá hasta cerca de la nave y comprobará si sigue la guardia. Confiemos que en alguna ocasión Ardag se canse y retire sus hombres o deje sólo uno o dos.

Miró la estancia, sonrió y dijo:

—Afortunadamente no carecemos de calor. Has elegido un dormitorio acogedor, Ben.

El arrojó el cigarrillo a medio consumir y la miró fijamente a los ojos.

—Pero es muy solitaria por las noches. Glenda…

—Sí, Ben.

—¿Te unía algo a Lormeg?

—No. Sólo fuimos amigos.

—Me gustas.

—Tú me atraes, pero… —Glenda sonrió—. Quizá tus sentimientos se deban a que soy la única mujer cercana a ti.

—No quiero engañarte. De alguna manera quiero olvidar a Rona.

—Eres sincero… y también rudo.

Ben movió la cabeza.

—Odio ser falso, hipócrita. Únicamente me gustas, no te amo.

Ella se quitó la blusa y él empezó a abrazaría. Luego la tornó por los hombros y la puso de espalda sobre la cama. De forma brusca le

quitó las bragas y la besó, no importándole que Glenda se mordiese los labios y cerrase los ojos.

Cuando Ben despertó ella seguía durmiendo. Hizo algún ruido *y* Glenda se movió. Retuvo a Ben, en medio de un profundo sueño y musitó algunas palabras.

Ben la escuchó en silencio. En susurros ella le decía que le amaba.

Logró zafarse del abrazo de Glenda y salió de la habitación sigilosamente. Se duchó con agua apenas templada y se vistió, mirando a la muchacha al salir, fijándose en la sonrisa dibujada en los sensuales labios.

Al otro lado del pasillo, se encontró con Gondar. Estaba calentando café y le miró ceñudo cuando entró. Ben se preguntó si aquel hombre sabía que Glenda había dormido con él y no le gustaba lo sucedido.

—Me dijo Glenda que estuviste cerca de la nave.

—Sí. También te dijo que es imposible intentar recuperarla, ¿no?

—Ajá.

—Pues ahora tengo peores noticias, amigo —le empujó una taza de humeante café y añadió—: Hace un rato, cuando amanecía, subí a la terraza un rato. Ya sabes que no se puede estar mucho tiempo fuera ni siquiera con los trajes especiales. Pero los minutos que permanecí allí vi algo que no me gustó.

—Suéltalo de una vez, por los dioses.

—Los ardaganos están inutilizando los recolectores de energía de los edificios circundantes.

Ben soltó la taza y lo comprendió todo en seguida.

—Ardag pretende matarnos de frío, ¿no?

—No exactamente. Yo diría que quiere hacernos. salir de nuestro refugio. Es obvio que no puede encontramos porque carece de tiempo y sicarios suficientes para registrar uno a uno los miles de edificios del área donde él supone que nos escondemos. Por lo tanto inutilizará los recolectores. Eso puede hacerlo desde el aíre y en menos de quince o

veinte días.

—Pero disponemos de reservas, ¿no?

—Sólo para siete días. Es preciso que sigamos cargando, las baterías. Estamos consumiendo mucha energía para no morirnos de frió.

De repente a Ben le supo mal el café, frío y amargo.

—Entonces tenemos que hacer algo antes de morir congelados.

Gondar se encogió de hombros.

—Ojalá pienses algo interesante.

—¿Dónde está Lesspeps?

—Supongo que en su cuarto. Le dije que él debería ir esta noche a vigilar la nave.

—Suspenderemos esas incursiones. Con ellas sólo conseguimos arriesgarnos. A Ardag sólo le basta mantener la vigilancia un par de semanas más. Luego nos tendrá en sus manos si queremos evitar la muerte por congelación.

Al cabo de un rato de silencio, Gondar, sin mirar a Ben, dijo:

—Eres un tipo con suerte,

—¿Por qué lo dices? ....

—Por Glenda, por supuesto. Ella ha debido enamorarse muy profundamente de ti.

—No me gusta que hables de eso.

—Ninguno consiguió llevarla a la cama después de la muerte de Morthes —Gondar sonrió escuetamente—, Pero todos la apreciábamos.

—¿Quién era Morthes? —preguntó Ben. Era la primera vez que escuchaba aquel hombre.

—En realidad no debí haber dicho que muriese. Morthes era el compañero de Glenda y Lormeg me contó que fue uno de los primeros hombres que Ardag apresó y convirtió en un Zombi. Seguramente

sigue por ahí, siguiendo las órdenes de Ardag.

—¿Te disgusta qué Glenda y yo?

—Oh, no. Bueno, te diré que no demasiado. Pero me irrita que tú, un recién llegado, haya conseguido que ella olvide a Morthes. Lormeg convivió con Glenda mucho tiempo y me confesó que no consiguió hacer el amor con ella. Debes ser un tipo especial, Ben.

—No te burles.

La mirada de Gondar se endureció y dijo lentamente, como si masticase cada palabra:

—Glenda sigue siendo una buena amiga mía. Procura no hacerle daño, Ben. Si no estás enamorado de ella, si sólo la deseas para tener un cuerpo entre tus brazos, no se lo digas. Miéntele y asegúrale que la amas. ¿Me entiendes?

—Estoy pensando ahora que… —Ben se rascó la nuca—. Cuando Glenda nos ayudó murieron tres ardaganos. ¿No sería alguno ese Morthes?

—No. Glenda también se preocupó, pero antes de huir se fijó en los cadáveres. Dos eran hombres y ninguno Morthes. El tercero era de mujer.

Ben se sorprendió que Gondar se levantase de un brinco y permaneció envarado, hasta que penetró en la estancia Glenda, sonriente. Vestía unos pantalones cortos y una de las camisas que Ben usaba.

Olió el café y se sirvió una taza. Sentada muy cerca de Ben, le besó en la mejilla. De soslayo, Ben observó corno Gondar se retiraba apresuradamente después de dar una excusa que casi no pudieron oír.

Ben estudió los gestos de Glenda. Ella parpadeó al sentirse observada tan profundamente y preguntó ligeramente nerviosa:

—¿Te pones así cada vez que haces el amor? —soltó una risa corta, cantarina—. Las mujeres nos sentimos dichosas y los hombres os volvéis taciturnos. ¿Qué te pasa, cariño?

—Me gustaría saber qué impulso te hizo ir a mí cuarto.

—¿Eso te contentaría? Quiero decir si una respuesta sincera te

tranquilizaría.

—Es posible.

Ella golpeó violentamente el platillo con la taza.

—Está bien. Te lo diré. Me gustas, sí, pero me sentía apenada viéndote deambular por ahí, como una alma en pena. Seguro que pensabas en Rona, que te imaginas a tu amada Rona en brazos de Ardag, gimiendo y revolcándose bajo el cuerpo de ese cerdo...

—Cállate, Glenda —mascculló Ben.

—Pero tú no puedes imaginarte la escena completa. No puedes ver a los hombres y mujeres que pueden estar presenciando la escena sin sentir nada, a los zombis de Ardag. Y uno de ellos puede ser Morthes. ¿Sabes a quién me refiero? ¿Te dijo Lormeg o Gondar que fue mi amante y que tú me lo recuerdas?

—Sí —replicó, pero omitiendo que lo sabía hacia apenas unos minutos.

—Pues ahora sabes que yo también tengo que olvidar. Ningún hombre me atrajo hasta que tú llegaste. Soy consciente de que podemos morir en cualquier instante y no quiero hacerlo sin disfrutar un poco.

—Y me elegiste a mí —dijo con sorna—. Gracias.

—Así de sencillo. Escuché lo que te dijo Gondar y fue todo una sarta de estupideces. No le creas. Si me soportas sólo porque te agrado es algo que no debe preocuparte. Nunca me dañarías diciéndomelo, Ben.

Ben bajó la mirada, aturdido. Empezó a decir:

—Glenda, yo...

Pero al levantar los ojos la vio salir rápidamente de la habitación, sin terminarse de beber el café.

Crispó los puños. Se sentía mal. Ella, en sueños, le había llamado a él, no a Morthes. En cambio estaba seguro de que mientras estrechaba a Glenda él musitaba el nombre de Rona.

* * *

Glenda no acudió a su dormitorio la noche siguiente, pero, lo hizo dos días después y, a partir de entonces, no faltó a la cita. Fueron unas sesiones de amor apasionadas pero, al finalizar, cundía el silencio y sólo cambiaban palabras convencionales, frases relacionadas a la situación en general.

Más tarde, Ben pidió a todos que le acompañase a la terraza. Lo hicieron después de enfundarse en los trajes de abrigo. Agazapados detrás de la balaustrada, observaron el lejano vuelo de los ardaganos. Cada cinco o seis minutos se producía una explosión en la parte superior de un edificio y los recolectores saltaban por los aires.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Gondar, molesto.

—He pensado que ese Ardag podría descubrirnos en poco tiempo. No me explico por qué no lo hace.

—¿Qué has pensado? —le preguntó Glenda.

—Aunque nuestro, refugio está situado en el quinto nivel de los sótanos, Ardag podría descubrirnos si hiciera funcionar un detector de calor.

Glenda soltó una carcajada y el aliento la rodeó de una nubecilla blanca. El viento era muy fuerte y Ben empezó a tener frío. A pesar del traje no podrían estar allí mucho tiempo.

—No te inquietes por eso —dijo Glenda—. Lormeg ya presintió algo parecido y dijo que, si teníamos que estar aquí cuando llegase el frío, encenderíamos la calefacción de todos los edificios de esta área.

Ben sonrió detrás de su máscara de plástico que le evitaba congelarse.

—Eso me tranquiliza en parte, pero no mucho —señaló las lejanas figuras que ahora se acercaban a otro edificio—. He estado anotando el avance de los ardaganos y mis deducciones me indican que antes de dos días destruirán los recolectores de este edificio. Entonces tendremos que marcharnos a otro lugar.

—Eso será imposible —dijo Gondar moviendo la cabeza. No habrá otro refugio como éste. En ninguna casa del área hay un campo

que nos proporcione alimentos.

—Entonces... El planeta es muy grande. Nos iremos a otra parte. Quizá al otro lado de la autopista. Soportaremos dos o tres horas en el exterior, hasta que nos hagamos de otro refugio.

—Eso sería indicar a Ardag nuestra posición —dijo Glenda—. Los indicios de calor nos delataría. El resto del planeta está frío. Lo siento, pero no pensamos en el peligro que estamos corriendo y sólo pusimos en funcionamiento los calefactores de esta área. Habría sido fácil, activar una zona tan extensa que Ardag no hubiese tenido tiempo de destruir los recolectores mientras durase el invierno.

Ben apretó los labios. No se daba por vencido. Aunque Glenda no le creyese, cada día que pasaba olvidaba más a Rona y empezaba a pensar que se estaba enamorando de aquella chica, que ahora le miraba, como esperando de él una solución a la grave situación en que se encontraban.

—Bajemos —dijo— Quiero ver los papeles de Lormeg.

De nuevo en la reconfortante habitación que usaban comunalmente, se sentaron alrededor de la mesa. Glenda trajo los planos y estudios que Lormeg realizó durante los meses que esperaron ocultos.

—¿Qué esperas encontrar? —le preguntó Less.

—La verdad es que no lo sé, pero confío encontrar algo que nos ayude.

Con cierto tono despectivo, Gondar dijo:

Si Lormeg hubiese descubierto algo importante, me lo habría dicho apenas volví, ¿no lo crees?

—Tal vez, pero cuando llegamos con la nave él pensó que estábamos ya a salvo. Quizá halló algo y lo olvidó. Sí pudiéramos averiguar qué contenían las cajas, que Rona embarcó secretamente en el *Xamble*...

Ben fue pasando los planos de aquella parte de la ciudad que pacientemente Lormeg fue trazando con minuciosidad:

Al parecer, todo el planeta tenía básicamente diez niveles de ciudades. Fueron construyéndose a medida que la población

aumentaba. Las comunidades de diversas razas estaban muy mezcladas y apenas existían diferencias entre un barrio o sector y otro.

—Una vez Lormeg hizo una incursión a los niveles más profundos —dijo Glenda, mirando los planos por encima del hombro de Ben—. Estuvo ausente diez días y cuando volvió me dijo que sólo pudo llegar hasta los niveles siete y ocho. Más allá todo está en ruinas y el aire apenas es respirable.

—Por cierto, ¿cómo se produce aire en este mundo sin vegetación? Los campos hidropónicos son insuficientes para la regeneración.

—Aún funcionan fábricas de oxígeno. Creemos que cuatro o cinco. La mayor está controlada por Ardag. Las restantes están muy deterioradas, pero producen algo, Claro que, al no haber, mucho consumo de oxígeno, las existencias son bastantes, Pero algún tiempo atrás, creo, estaban en actividad miles de ellas, que se turnaban periódicamente.

Ben se mesó los cabellos. Pasó otros mapas. El trabajo de Lormeg se había limitado al perímetro que conocía, abarcando una extensión de mil kilómetros cuadrados. Había empezado a detallar los niveles inferiores alrededor del edificio dorado de Ardag cuando interrumpió su trabajo, llegando incluso hasta más allá de la autopista.

La atención de Ben se centró en los detalles perfilados por Lormeg bajo la autopista. Allí los dibujos estaban sin terminar. Vio anotaciones presurosas, con letra muy apretada y poco legible. Al parecer, Lormeg había escrito tales líneas sujeto a una febril actividad, como poseído por un nerviosismo creciente. ¿Acaso había descubierto algo que le alteró?

—Tal vez Ardag necesitaba algún material para aumentar la producción de oxígeno —sugirió Less.

—Eso podía esperar —negó Ben con la cabeza—, Ardag envió a la Tierra a Rona en busca de algo que le era urgente. No puede ser energía porque aquí existe mucha más de la que él necesitaría. Alimentos, tampoco. Para una población reducida, este planeta es aún autosuficiente.

—Es posible que necesitase fuertes proyectores láseres para perforar algunas estancias donde supone que existen secretos de los

habitantes de Endargur.

—Pudiera ser, Glenda —asintió Ben—. Pero Lormeg se sintió atraído por lo que existe debajo de la franja que llamamos autopista. ¿Qué descubrió en sus correrías solitarias? Nunca hizo anotaciones al margen en los otros planos, excepto cuando comenzó a dibujar el subsuelo de la autopista. Al trasladar al papel los datos que recogía se ponía nervioso, lleno de una gran excitación. Fijaos en su letra. Comenzaba a escribir con detalle, pero luego lo hada apresuradamente y su caligrafía se tornaba confusa. ¿Por qué?

—Lo siento, Ben, pero en la cabina de Lormeg no hay más documentos. A veces llevaba consigo una cámara de video, pero tenía poca cinta y solía usarla varias veces, borrándola.

—Debemos verla ahora mismo.

Less y Glenda trajeron el reproductor y todos miraron ansiosamente las imágenes reflejadas en la pantalla esférica.

Vieron que Lormeg andaba por un oscuro pasillo. Debía llevar una luz en una mano, mientras que con la otra manejaba la cámara. El campo iluminado oscilaba mucho y a veces era difícil concentrarse en lo que enfocaba.

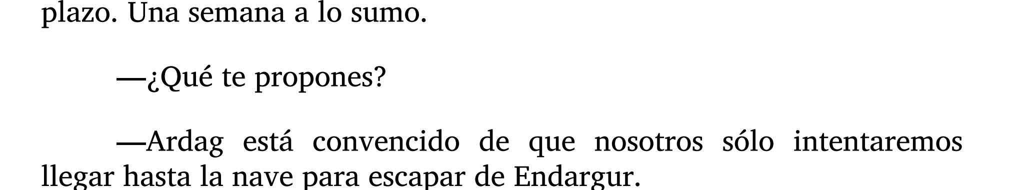
—Ese pasillo grande debe recorrer longitudinalmente la autopista —susurró Ben—. Fijaos en los soportes. Los considero demasiado robustos. Tienen un diámetro de más de veinte metros. ¿Por qué tanta solidez? Además, estamos convencidos que esa franja que recorre o divide el planeta en dos no ha sido nunca una autopista. Tiene que ser otro su significado.

El registro no reveló nada importante, excepto las descomunales columnas que soportaban, la autopista. Lormeg descendió por unas escaleras y bajó al siguiente nivel. Allí los pilares eran aún mayores. Cuando estuvo a punto de investigar más abajo la grabación se detuvo. Ben apagó el reproductor y suspiró.

—Lo siento. No hay más —se pasó la mano por los ojos. Aún bailaban en sus retinas las luces de la pantalla—. Tenemos que olvidarnos de esto por el momento y pensar en otra cosa.

—¿Por ejemplo? —preguntó Glenda.

—No podemos seguir inactivos. Si Ardag nos deja sin calor, moriríamos en pocas horas. Y no tenemos más de dos o tres días de



plazo. Una semana a lo sumo.

—¿Qué te propones?

—Ardag está convencido de que nosotros sólo intentaremos llegar hasta la nave para escapar de Endargur.

Debe dedicar todos sus Esfuerzos en impedirlo y también en eliminar lo más rápidamente posible todos los recolectores de la zona donde sabe que nos refugiamos. Por lo tanto, creo que su cubil puede estar escasamente vigilado. Podemos asestarle un golpe allí.

—¿Qué se conseguiría con eso? —preguntó Gondar arrugando el ceño—. ¿Matar a dos o tres de sus esclavos zombis?

—Es posible. Un golpe rápido, que le haga temer que no vamos a mantenernos inactivos. Eso le puede obligar a quitar ardaganos de la nave. Y si no lo hace le amagaríamos de nuevo. Por cierto, ¿con cuántos efectivos cuenta Ardag? .

—Unos sesenta zombis. No están muy bien armados —dijo Glenda—. Pero si Rona le proporcionó las armas del X*amble,* y también, trajo algunas de la Tierra, ahora deben ser fuertes.

—¿Es que no estáis seguros de los tripulantes que él fue convirtiendo en robots humanos? .—preguntó Ben, extrañado.

—Con Ardag pueden quedar dos o tres, aparte de Rona, que no fueron acondicionados. Descontando los tres que matamos en la terraza de su cubil deben ser sesenta y dos zombis.

Ben pensó que de todas formas eran demasiados enemigos. Había esperado que no llegasen a tantos.

—Atacaremos de día —dijo.

—¿No será mejor de noche? —preguntó Gondar.

—De ninguna manera. De día redobla la guardia alrededor de la nave y usa a unos veinte zombis para ir destruyendo sistemáticamente los recolectores de los edificios. En el cubil no deben haber, entonces, más de veinte ardaganos. Quizá menos.

Tomó el plano de la mesa y lo agitó en el aire.

—Lormeg hizo un buen trabajo dibujando todo el interior de la torre que llamamos cubil de Ardag. Lo estudiaremos a fondo y

podremos movernos por ella como si fuera nuestro refugio.

—Hablas en plural. ¿Quieres decir que iremos todos?: —preguntó Gondar.

—No. Sólo disponemos de dos armas, Less me acompañará.

—¿Por qué no voy yo contigo? —preguntó receloso Gondar—. ¿Acaso desconfías de mí y temes entregarme la pistola de Less?

—Yo no cedo mi puesto a nadie —protestó Less hinchando el pecho.

Ben sonrió.

—Ya ves. Disgustaríamos a Less si lo dejásemos aquí.

Ben sonrió.

Glenda cruzó los brazos y preguntó:

—¿Cuándo llevarás a cabo esa locura?

—Apenas amanezca mañana. Cuando divisemos a los hombres de Ardag sobrevolar los edificios cercanos con sus deslizadores, partiremos Less y yo.

CAPÍTULO VII

Ben Dogan cerró su casco y salió a la terraza. Frunció el ceño, contrariado. Aquel amanecer se presentaba más frió que nunca. La temperatura había descendido hasta los cero grados. El sol que surgía parecía tímido y decadente.

Revisó la colocación del deslizador y caminó hacia el pretil con precaución. Con los binoculares oteó los edificios cercanos. Los sicarios de Ardag estaban empezando a trabajar apenas a un kilómetro de allí. Habían avanzado bastante. Demasiado, pensó. Quizá la noche antes habían trabajado hasta muy tarde. O quizá no habían descansado un solo minuto, relevándose en turnos de trabajo. Aunque fuesen zombis no podían permanecer más de cinco horas en el exterior. Paradójicamente el frío aumentaba a medida que avanzaba el día.

Se paseó nervioso, esperando a Less. Se había levantado hacía dos horas. Glenda dormía y aquello le molestó un poco, aunque la noche anterior le había pedido que no saliera a despedirle.

Su grueso traje le defendía bastante bien del frío, pero pese a todo se estremeció cuando con sus guantes rozó la pistola que llevaba bien sujeta al cinturón.

La puerta del ascensor se abrió y una figura embutida en grueso traje, con el deslizador colocado a la espalda y el casco bajado, avanzó hacia él. Le saludó con la enguantada mano y Ben le respondió de mala gana, enfadado por lo que consideraba una tardanza de el muchacho.

Por el comunicador le dijo airadamente:

—Hemos perdido unos minutos preciosos, Less,

El muchacho, se alzó de hombros disculpándose. —¿Todo dispuesto? —sin esperar respuesta alguna, agregó—: Entonces, en marcha. Ya conoces los planos del cubil de Ardag. Sígueme lo más cerca posible, los instantes más peligrosos serán cuando nos alejemos de aquí. Estos alrededores están llenos de sicarios de Ardag. Volaremos muy bajo, casi pegados a los caminos y lo más cerca posible de las casas.

Activó el deslizador y saltó por encima del pretil. Se volvió un instante para asegurarse de que Less estaba cerca de él. Luego se ocupó exclusivamente de orientarse. En una ocasión cruzaron un

dédalo de calles, notando encima de sus cabezas las figuras ingrávidas de los zombis de Ardag, que se ocupaban de preparar la destrucción de los captadores de otro gran edificio.

Cuando se alejaron tres kilómetros del refugio y los grupos de ardaganos quedaron atrás, Ben se sintió mejor. Alzó el pulgar hacia Less para indicarle que todo iba bien y aceleró la velocidad del deslizador.

Sólo tuvo que detenerse un par de veces para rectificar el avance.

—Al otro lado de estas casas veremos el cubil de Ardag —dijo sonriendo, señalando unos rascacielos grises, un grupo de cinco y uno de los cuales ofrecía un lamentable aspecto. Parte de él se había derrumbado hacía tiempo y mostraba su esqueleto interno.

Por un momento Ben observó las frágiles columnas que habían soportado el alto edificio. Los antiguos constructores de Endargur usaban un sólido metal para alzar elevadas viviendas.

Rápidamente pensó por qué los endarguranos. habían usado tan grandes columnas para soportar un mínimo peso, tal como eran las autopistas meridionales.

Desechó los pensamientos. A la vista tenían ya el edificio dorado de Ardag. Se detuvieron un instante sobre una terraza en forma de U. Toda ella estaba llena de escombros de plásticos y cristales. Desde allí, Ben oteó un rato el dominio del enemigo. Sólo una vez vio salir dos hombres que se alejaron rápidamente en sus deslizadores en dirección a la zona donde estaban actuando los destructores de recolectores.

Ben observó con los binoculares las diversas terrazas situadas en los niveles del edificio. Todas las puertas estaban cerradas, pero existían ventadas laterales que mostraban numerosas roturas en los cristales.

Ardag debió haber elegido aquel edificio por algún motivo especial, pero lo cierto es que no era el más idóneo para ser defendido. Quizá contase con un eficaz sistema de alarma, pero aquello significaba sobrevalorar a Ardag. Y tan funesto resultaba respecto a un enemigo infravalorado como hacer todo lo contrario.

Los pilares recolectores de energía se alzaban en un rincón de la azotea del edificio, siempre girando lentamente, orientándose ávidamente hacia el sol.

Ben se preguntó qué habría pasado de disponer él de un arma poderosa o explosivos para destruir aquellos recolectores. Ardag iba a sufrir la misma suerte que había dispuesto para ellos: morir de frío.

—Vamos allá —dijo a Less. Se impulsó con los pies y el deslizador le condujo silenciosa y rápidamente hacia el cubil.

Bajaron casi a nivel de la calle llena de basuras y escombros. Sus botas se hundieron en fango y chapotearon en él. Llegaron hasta el muro y ascendieron por él hasta el piso décimo. Sobre sus cabezas se alzaban otros muchos, y a medio camino comenzaban las terrazas.

Llegaron. hasta una ventana y Ben, dé un puntapié, terminó de romper los agrietados cristales. Penetró por el boquete y dentro de una estancia en penumbras sintió más frío que en el exterior. Al parecer allí no llegaba, la calefacción.

Ayudó a Less a entrar y sacó el plano de la casa. Según Lormeg, Ardag ocupaba pocos niveles del edificio, solamente los superiores, ¿Estaría en lo cierto Lormeg? No había tenido mucho tiempo de investigar tal hecho, sino que mayormente se guió por suposiciones.

Se ajustaron las lentes infrarrojas y anduvieron con cuidado por entre aquellos cuartos llenos de escombros. Al llegar hasta, donde estaban los ascensores, Ben arrugó el ceño. Funcionaban. Las luces de los mandos le dijeron que uno de ellos bajaba. Se fijó en el nivel por donde estaba ahora. Se dirigía a los sótanos. Eso quería decir que Ardag tal vez no usaba los pisos inferiores, pero si los que estaban bajo el edificio. Incluso podía comunicarse desde allí con las otras ciudades.

Localizaron las escaleras y empezaron a subir. Cuando hubieron ascendidos diez niveles más les dolían las piernas y empezaron a sentir sofoco. Ben se despojó del casco. Hacía calor.

La calefacción, ya funcionaba allí,: lo que les indicaba que se acercaban a los lugares habitados.

Sacó el arma, indicándole así, silenciosamente a Less, que hiciera lo mismo.

Se extrañó de que Less no se quitase el casco. Sólo lo hizo cuando se caló las gafas infrarrojas. Pero cuando empezaron a moverse por pisos donde el alumbrado era intenso, Ben se apoyó de espaldas contra la pared y miró fijamente a su compañero.

—¿Quién demonios eres? Por supuesto tú no eres Lesspeps.

Cuando su compañero se levantó las gafas y le mostró el rostro, Ben no se sorprendió nada. El ruborizado rostro de Glenda intentó dibujar una sonrisa.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó, sorprendiéndose él mismo al no sentir enfado alguno.

—Conozco esto mejor que tú. Con solo unos planos podrías cometer una grave equivocación.

—Le daré una paliza a Less por haberte cedido su traje.

—Sería una injusticia, porque en su café le puse una droga que lo dejó durmiendo —rió Glenda.

—Bueno, ya no hay remedio. Allá tú —dijo Ben encogiéndose de hombros—. Supongo que sabrás comportarte. Vamos.

Había mirado el arma de Glenda. Era la suya. Seguramente Less seguía conservando la que él le había dado.

Al rato, Ben la preguntó:

—¿Puedes decirme ahora el verdadero motivo que te ha impulsado a este engaño?

—Tú debes imaginártelo, ¿no?

—Pero quiero que tú me lo digas.

—Está bien. Uno de los zombis de Ardag es Morthes.

—Entiendo. Y tú quieres salvarlo, ¿no?

Ella asintió en silencio, para al cabo de un rato decir:

—Al menos deseo intentarlo. Es posible que no esté aquí, pero podría suceder...

Ben la hizo callar. Se agacharon detrás de un muro medio derribado. A pocos metros pasaron dos zombis, con sus negros trajes y las miradas perdidas. Detrás iba otro hombre, Glenda lo reconoció y susurró a Ben:

—Ese es Imbelt, uno de los pocos que Ardag ha conservado con

la mente sana. Es un científico, especializado en neurología. Seguramente fue quien convirtió a la tripulación en zombis.

—Han salido de esa habitación —replicó Ben cuando el grupo, se hubo alejado por un pasillo—. Echaremos, un vistazo.

La puerta no estaba sellada y la empujaron. Al otro lado había una serie de máquinas en una habitación alumbrada tenuemente por luces rojas. Existía una fila de mesas a un lado y del fondo surgía un sordo rumor.

No había nadie y anduvieron por la estancia, con las armas prestas y movimientos pausados, llenos de desconfianza.

Ben se detuvo ante las máquinas. Eran extrañas, pero empezó a comprender su significado, Los colores opacos indicaban que hacía poco tiempo habían estado cubiertas de gruesas capas de polvo.

No había otra salida en el fondo. El rumor era producido por unos generadores. Ante la consola de mando, Ben revisó los registros. Estaban calculados en un idioma y. escala extrañas. Junto a cada indicador había un letrero recientemente colocado, explicando su uso.

Viendo los gestos de impaciencia de Glenda por salir de allí, Ben, dejado llevar por un conato de celos, dijo agriamente:

—Preciosa, debes olvidar a tu viejo amor. Si Ardag lo convirtió en un autómata, en su esclavo, lo será siempre.

Ella le miró con ojos muy abiertos, con rabia.

—¿Qué quieres decir?

—Lo siento, pero el proceso usado por Ardag o Imbelt es irreversible. El cerebro, una vez sometido a estas máquinas, queda dañado para siempre.

CAPÍTULO VIII

Ben tuvo que admitir que la chica tenía una fortaleza de hierro. Asimiló la noticia y sólo reflejó sus sentimientos mordiéndose ligeramente los labios.

—Salgamos —le dijo Ben empujándola levemente.

Cuando estaban cerca de la salida, él abandonó sus gestos amables y de un empujón la arrojó a un lado. En el dintel había aparecido una figura de ropaje, negro. Antes que el zombi pudiese sacar su arma, Ben le disparó dos veces.

El sicario de Ardag dobló las rodillas y cayó de bruces. Entonces Glenda corrió hacia el caído y lo hizo volver. Era el rostro inexpresivo, incluso muerta, de una mujer. Glenda exhaló un suspiro,

—Ya está bien.—dijo Ben—, no es Morthes. Tenemos que irnos de aquí.

Salió primero para asegurarse que no había más sicarios. Glenda se levantó, pero, sorprendiendo a Ben, disparó un largo trazo de láser con las máquinas de la habitación. Surgieron chispas y una alta consola lanzó fuego desde su interior.

Ben soltó maldiciones y tiró de Glenda hacia el pasillo.

—¡Estúpida! Ahora sabrán que estamos aquí, mucho antes de lo previsto.

Apenas habían doblado una esquina cuando un tropel de

hombres y, mujeres, con Imbelt al frente, acudieron corriendo hacia la habitación, de donde salían lenguas de fuego. Algunos llevaban extintores, que pusieron en funcionamiento en seguida.

De nuevo el gesto de Glenda cogió desprevenido a Ben. La chica seguía alterada y disparó contra Imbelt, pero haciéndolo demasiado precipitadamente. El dardo de energía chocó contra el muro.

—¡Maldita loca! —gritó entre, dientes Ben,

Imbelt los había descubierto y había ladrado órdenes a sus hombres contra ellos. Ben no tuvo otra alternativa que disparar contra los atacantes. Afortunadamente no estaban armados y consiguió acabar con tres de ellos, antes que Imbelt, dándose cuenta que estaba en desventaja, les gritase que no siguieran adelante. Ellos aprovecharon aquella pausa y echaron a correr. Ben consideró que habían hecho suficiente daño. Aquella incursión enfurecería a Ardag y tal vez pensaría que habían sido más los atacantes.

Si conseguían salir de allí pronto y regresar a su refugio podrían estar preparados para el momento en que los zombis fuesen llamados por su amo, dejándoles el campo despejado hasta la nave.

En un momento, todos los niveles se llenaron de estridentes aullidos de alarma. El camino les fue cortado por varios zombis y tuvieron que desviarse, en contra de los deseos de Ben, hacia las zonas internas del edificio, alejándose de las escaleras:

—Lo lamento —escuchó que Glenda le susurraba. Se volvió y supo que la muchacha había logrado superar la histeria. Le sonrió, comprendiendo lo que le había pasado.

—No. te preocupes y apunta con cuidado.. No tenemos mucha reserva en nuestras pistolas.

Una sombra se proyectó ante ellos, procedente de un pasillo lateral. Apareció una figura oscura y, sin dudarlo, Ben la abatió. Pero detrás, llegaban más y tuvieron que correr hacia la derecha.

Ben comprendía que estaba perdiendo el sentido de la orientación. Ya no sabía dónde se hallaban.

De pronto se vieron delante de los ascensores. Eran dos. Una de las cabinas estaba allí, sorprendentemente. Al escuchar pasos que se acercaban corriendo. Ben no lo pensó más y disparó contra los mandos de la puerta que no tenía la cabina. Luego entraron en el otro, miró

los botones y pulsó el de los sótanos.

La cabina se precipitó hacia abajo. Ben intentó relajar los músculos tensos. Pasó un brazo por los hombros de Glenda y la atrajo hacia él. La besó suavemente y le dijo:

—Saldremos de ésta.

—No estoy asustada —replicó ella, apretándose contra Ben.

El hombre asintió sonriendo y se fijó en los dígitos que danzaban en el panel de control de la cabina. Los niveles iban quedando atrás. Suponía que en el sótano tendrían más oportunidad de salir de allí, desconcertando a sus enemigos.

De pronto, la velocidad de la cabina fue disminuyendo, hasta que se detuvo.

Con aprensión, Ben abrió la puerta y asomó el cañón de su arma. Frente tenían un pasillo que se perdía de vista, ancho y tenuemente iluminado por las luces amarillas. A ambos lados se abrían más corredores. No se escuchaba nada en absoluto.

Apenas salieron de la cabina y antes que Ben pensase que debía inutilizarla, la puerta se cerró con un chasquido y se elevó.

—Estarán aquí dentro de poco —dijo, maldiciéndose por no haber anulado aquel rápido camino que podían sus enemigos para alcanzarles.

Echaron a correr por el pasillo. Debían encontrar cuanto antes una salida, un escape al exterior, donde pudiesen usar sus deslizadores y alejarse de allí.

Sus pisadas levantaron ecos tenebrosos. Ben deglutió con dificultad, sobrecogido por la soledad que les rodeaba.

Minutos más tarde se detuvieron, jadeantes. Los pesados trajes y los deslizadores en las espaldas les dificultaban el correr.

El pasillo terminaba en dos hojas de puertas de acero, de color cobrizo. Al empujarlas, en contra de lo que habían imaginado, las puertas se deslizaron suavemente, sobre bien engrasados rodillos.

Ante ellos tenían un espectáculo inmenso, Era como una colosal catedral. El techo se perdía a mucha altura en la penumbra. Cientos de

gruesos pilares de acero bruñido formaban sólidas filas que se, perdían en la lejanía. Las luces eran escasas ,y no podían captar la inmensidad que tenían enfrente.

—¿Qué es esto, Ben? —preguntó Glenda en voz baja, como si temiera cometer un sacrilegio hablando fuerte.

—No lo sé. Y me gustaría saberlo. Mira.

La indicó un túnel que se abría a su derecha, también sustentado por los grandes pilares.

—Son como los que vimos en la grabación de Lormeg.

—Sí. Desde aquí parte una vía hacia la autopista, estoy seguro.

Avanzaron unos pasos tímidamente. De pronto Ben se detuvo, Glenda no necesitó hacer ninguna pregunta para comprender el motivo del sobresalto de su compañero.

A un lado, junto a un pilar, estaban las cajas que ellos habían transportado en el *Xamble.* Estaban abiertas y vacías.

Aunque el aire allí era frío, Ben sintió calor. Cuando la voz sonó, repetida mil veces por el eco, permaneció quieto, incapaz de mover un músculo.

—No hagan ninguna tontería. Hemos podido matarles antes. Suelten las armas.

No podía descubrir desde dónde le había hablado la voz.

Glenda le miró y él asintió. Las dos pistolas cayeron en el suelo, rebotando metálicamente.

Entonces, de detrás de varias columnas fueron apareciendo figuras vestidas de negro. De las penumbras surgieron dos personas con ropas diferentes, de color amarillo. Una era un hombre. La otra, la mujer, hizo exclamar a Ben entre dientes:

—Rona.

* * *

El hombre caminó, altivamente hacia la pareja. Se detuvo a unos metros de Ben, luego miró a Glenda y dijo:

—Sin duda, usted es Ben Dogan —se volvió para mirar a Rona y añadió—. Ella me habló mucho de usted.

—Hola, Ben —le saludó Rona con sorna

Ben se limitó a mirarla. La mujer se acercó y dijo:

—Te presento a Ardag —se agarro de su brazo—. Mi hombre. Veo que has simpatizado con Glenda Querf. Es una buena chica, aunque algo sosa. ¿Te satisface en la cama?

—No posee tus habilidades de ramera, pero me agrada —dijo Ben.

El gesto indolente de Rona se endureció, apartándose de Ardag.

—Dejemos ahora las conversaciones triviales —dijo Ardag—. Dogan, usted cometió un grave error al tomar el ascensor. No podía saber que conduce directamente a este nivel en la tercera ciudad. Cualquier mando le habría llevado aquí.

En aquel momento Ben escuchó pisadas a su espalda. Se volvió ligeramente y vio llegar a Imbelt seguido por varios zombis. Observó que Glenda los escrutaba uno a uno.

—Si buscas a tu querido Morthes, — pierdes el tiempo —rió Rona—, Ese tipo murió hace unos días. Su deslizador sufrió una avería y cayó al vacío desde una altura de cien metros.

—¿Los mataremos en seguida? —preguntó Imbelt.

Ardag se acarició el mentón, pensativo. Dijo:

— No. Por el momento, no: ¿Puede darme los codificadores, Dogan?

—Se quedaron atrás. No los tengo.

Ardag suspiró.

—Me lo temía. De todas formas nos aseguraremos registrándole.

Así lo ordenó a varios zombis y éstos llevaron a cabo un minucioso registro en Ben y Glenda.

—Ya le dije que no los teñía, amigo —dijo Ben.

—Tenía que asegurarme, amigo —rió Ardag—. Supongo que sus amigos me los entregarán cuando sepan que los tengo prisioneros, ¿no? .

—Espero que no lo hagan.

—Entonces los mataré en seguida. Y luego ellos morirán de frío. Mis fieles guerreros concluirán pronto su labor y no quedará un solo recolector funcionando en el área donde se esconden.

—Si mueren nunca los encontrará.

—Oh, ellos escucharán mi, advertencia *y* se entregarán antes que el frío acabe con sus vidas.

—¿Quiere mi nave para escapar de este planeta?

—sonrió Ben—, Dudo que ustedes estén capacitados para pilotarla.

—Me gustaría que usted lo hiciera pero, si tengo que matarle, siempre podré usar el navegante automático, alcanzar algún mundo habitado y desde allí ir a la Tierra.

—Podremos llegar a un acuerdo Ardag. Nuestras vidas a cambio de sacarle de Endargur.

Ardag enarcó una ceja y estalló luego en carcajadas.

—¿Supone que estoy ansioso por salir de este mundo? No pienso hacerlo en muchos años, hasta que no descubra sus más íntimos secretos.

—Pero siempre necesitará mi nave para regresar a los mundos terrestres.

—Usted no sabe nada de los fabulosos tesoros que encierra este mundo, Dogan. Hay naves, maravillosas naves estelares.. Están a poca distancia de aquí, en magnifico estado.

—Eso no es cierto —dijo Glenda—. Los endarguranos no tenían naves estelares. Sólo vehículos planetarios.

—¿Está segura? Eso pensamos todos cuando llegamos, pero lo cierto es que hace muchos siglos los restos de endarguranos, los que

lograron sobrevivir a la decadencia de este mundo artificial desarrollaron estupendas naves estelares. Dejaron algunas aquí. Y sólo es cuestión de tiempo que yo sepa cómo manejarlas.

Ben miró a los zombis, que les rodeaban apuntándoles con sus armas.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó señalando a los desdichados seres sin voluntad.

—Porque se opusieron a que sólo nosotros disfrutásemos de las maravillas ocultas de Endargur. Ellos querían regalar a la humanidad todos los descubrimientos que hiciéramos. Con la ayuda de Imbelt y otro más, que murió en las escaramuzas, los fui sometiendo a las máquinas, endarguranas para doblegar sus voluntades.

—Las máquinas fueron dañadas, Ardag —anunció Imbelt.

—Las repararemos más adelante si hicieran falta —dijo Ardag con despreocupación—. Ahora seremos corteses con nuestros amigos. Ellos están muy intrigados con todo esto. Sobre todo, con las cajas vacías que Rona embarcó en la *Xamble* secretamente. ¿No, es así?

Ben asintió.

Ardag dio unos pasos delante de él, con las manos en la espalda. Se detuvo y, después de mirarle, dijo:

—Envié a Rona a la Tierra no sólo por una nave eficaz, sino porque precisaba de ciertos elementos muy valiosos, ¿Ven esta, colosal estancia? Desde aquí parten distintos ramales que conducen a la parte inferior de lo que todos pensamos que sería una vieja autopista.

—No es una autopista —aseguró Ben—, Lo sabía.

—Usted sabía lo que no era, pero ignoraba lo que es. Las viejas razas de Endargur construyeron su mundo alrededor de un pequeño asteroide, haciendo crecer la ciudad en altura, hasta alcanzar un diámetro de casi siete mil kilómetros. Una fabulosa e increíble obra de ingeniería, labor de cientos de generaciones. Pero a medida que Endargur crecía, se iba volviendo más débil. Hace mucho tiempo tuvieron qué reforzar este planeta de acero y construyeron la franja metálica conocida como autopista —señaló los pilares—. Estas columnas sostienen la autopista, y la autopista impide que todo el planeta salte en millones de pedazos que se esparcirán por el espacio.

»Todo fue debido a que, a causa del incremento de la población, tuvieron que fabricar más y más productores de oxígeno. La trepidación hacía peligrar la fortaleza del planeta. Yo lo descubrí todo esto y envié a Rona a buscar a la Tierra el medio que reforzará para siempre el seguro que es la autopista. Llegó en esas cajas que ahora ven vacías. Tengo que actuar pronto, pues en caso contrario Endargur se destruirá en poco tiempo. ¿Comprende ahora por qué su nave es importante para mí? Cuando ponga en acción mi sistema para reforzar para siempre las columnas debilitadas, preciso del *Xamble*. Mi teoría puede fallar y apenas tendríamos unos minutos para escapar.

—¿No puede dejar ese arriesgado experimento?

Ardag negó vigorosamente con la cabeza.

—De ninguna manera. Antes que termine el invierno Endargur habría desaparecido. ¿Ha comprendido, Dogan? ¿Quiere ahora colaborar con nosotros?

—Sólo tienes que pedir los codificadores a tus amigos. Si quieres, también podernos prometerles la vida. ¿No es lo que tú quieres?

Ben sonrió y dijo:

—Creo que no os saldréis con la vuestra. Nunca entregaré los codificadores.

CAPÍTULO IX

Imbelt les sonrió burlonamente desde la puerta y, antes de cerrarla, dijo:

—No abuséis de la paciencia de Ardag. Os damos un tiempo para pensarlo. Dogan, si quieres evitar que tu amante sea convertida en un zombi, te aconsejo que nos digas dónde ocultas los codificadores.

Cuando la puerta se cerró de un golpe. Ben se encogió de hombros y paseó por la amplía estancia convertida en celda para él y Glenda.

—Si estuviera seguro de que Ardag cumpliera con su palabra... Pero estoy seguro de que, apenas tenga libre acceso a la nave, nos matará a todos.

Glenda, sentada en un largo banco de metal, negó con la cabeza.

—Sabes que a ti no te matará en seguida, cariño. Al menos podrías salvarte.

—Es posible que me permitiese vivir hasta que le llevase a la Tierra, si este maldito planeta salta en pedazos, pero luego me liquidará. No confiará en mí y Ardag quiere mantener en secreto la existencia de Endargur. Está obsesionado con los secretos que puede encontrar aquí, con esas naves estelares que podrá poner en funcionamiento con tiempo.

—¿Dónde están los codificadores? —preguntó Glenda.

Ben miró con aprensión las paredes, como temiendo que pudiera

haber allí micrófonos ocultos. Pero desechó tal idea. Ardag no había tenido tiempo de preparar aquella habitación.

—Prefiero no decírtelo, Glenda. Es por tu seguridad —Ben se sentó a su lado y le acarició las manos—. Seamos sensatos y aceptemos que todo está perdido. Dentro de poco Gondar y Less tendrán que entregarse para no morir de frío cuando les destruyan las fuentes de energía. Cuando Ardag sepa dónde está nuestro refugio, pensará que allí están los codificadores y los revolverá todo buscándolo. Quizá ganaremos algún tiempo... No sé.

Al poco rato, Glenda se quedó dormida. Ben la miró durante un tiempo, admirando su belleza. Aunque no lo había dicho, estaba dispuesto a entregar los codificadores a Ardag si éste le amenazaba con destruir la mente de Glenda. Si luego él no cumplía con su palabra y terminaba haciéndolo. Al menos ganaría tiempo. Su única esperanza era que Gondar o Less intentasen algo. Pero ellos no tenían armas y tardarían mucho tiempo en comprender que habían sido capturados.

El cansancio rindió al fin a Ben y durmió junto a Glenda. Cuando despertó no sabía si había dormido una o varias horas. Sintió hambre y sed.

Pero sus carceleros no dieron señales de vida hasta muchas horas más tarde, cuando él y Glenda estaban empezando a temer que se hubieran olvidado de ellos.

La puerta de acero se abrió y apareció un zombi portando una bandeja con comida y agua. Detrás llegó Rona, que dijo:

—Lamento haberos hecho esperar —rió—. Hemos tenido mucho trabajo estos días, ya que al fin supimos dónde está vuestro refugio.

Ben olvidó por un momento el hambre atroz que le corría y saltó del banco. Al notar su tensión, Glenda añadió:

—No hemos encontrado aún a Less y a Gondar, pero, por el tiempo que hace que debieron abandonar el refugio, es posible que hayan muerto de frío, dando vueltas por lugares sin calor. La temperatura ha bajado hasta los veinte grados y seguirá aún más. Este invierno será más duro que el anterior.

»Aunque se ha registrado vuestro refugio no hallamos los codificadores. Ardag está furioso y decidido a convertir a Glenda en un fiel servidor más si tú, Ben, te resistes a ceder.

Ben se encogió de hombros y colocó la bandeja con la comida entre él y Glenda. Volviéndole la espalda a la mujer empezó a comer.

Rona soltó un grito de rabia y de un puntapié lanzó por los aires la bandeja.

El hombre se revolvió e intentó agarrar a Rona, pero ésta saltó hacia atrás y sacó un objeto metálico. Cuando Ben pretendió seguir adelante, la mujer disparó su extraña arma y del amplio cañón surgió una especie de cortina, contra la que se estrelló Ben.

Gritó y trastabilló unos pasos, terminando con las rodillas en tierra, aturdido.

—Es un arma muy eficaz para controlar prisioneros irascibles —rió Rona—. La encontró Ardag hace tiempo y la restauró. No mata, pero deja un fuerte dolor de cabeza durante un rato. Ben, tienes poco tiempo para decidirte. Cuando vuelvas, me dirás dónde están los codificadores o nos llevaremos a Glenda y no volverás a verla nunca más como una mujer normal. El amor que siente por ti se le olvidará.

Se marchó y Glenda ayudó a Ben a recostarse en el banco. Luego ella empezó a recoger la comida.

—Come —dijo—. Debemos mantenernos fuertes.

Y al cabo de un rato, añadió:

—Ben. será mejor que cedas. Y no lo digo sólo por mí, sino también por tu seguridad.

Ben gimió, sintiendo que todos los huesos le dolían. Tenía la lengua hinchada y empezó a comer con dificultad. Sólo al cabo de dos horas, estuvo totalmente recobrado. Dijo entonces:

—Daré los codificadores, pero no confío en que Ardag cumpla su promesa. Ese tipo está nervioso.. Seguro que tiene poco tiempo para empezar a reparar esa estructura debilitada que mantiene la cohesión del planeta, pero no se atreve a emprender, la acción, sin contar con un medio para escapar sí la operación sale. ¿Sabes, lo que hará si sus sueños se esfuman, si Endargur salta en pedazos? —Miró ceñudamente a Glenda—, Pues sencillamente que nos lanzará al espacio. Y a mí también, apenas le lleve a la Tierra. No querrá testigos de sus crímenes. También todos los zombis serán ejecutados,

—Lo sé. Pero, ¿qué otra cosa podemos hacer?

* * *

—Ben, ¿qué intentará hacer Ardag para salvar este mundo?

El hombre parpadeó ante la pregunta de Glenda. Estaba tumbado en el banco, con las manos detrás de la cabeza y la mirada fija en el deslucido techo de la celda.

—No estoy muy seguro, pero creo que, al crecer tanto este mundo, las presiones gravitaciones obligaron a sus moradores de entonces a levantar un cinturón de seguridad que estaba sustentado por millones de columnas de un metal con especiales particularidades. Estos pilares debían recibir energía constantemente, algo de origen magnético. Durante siglos, desde que los habitantes desaparecieron, la energía fue llegando cada vez más parcamente. Ardag comprendió que ellos habían llegado a Endargur casi justamente cuando todo esto estaba a punto de romperse.

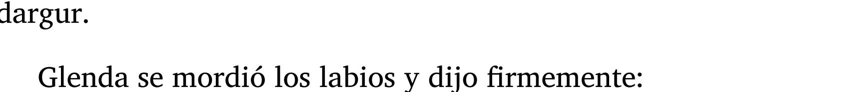
—Pero aquí existe energía en abundancia...

—Exactamente, pero los conductos se rompieron. Ahora Ardag está a punto de rehacer esas conexiones, pero no puede estar seguro si lo ha hecho correctamente hasta que termine las uniones. Entonces la energía irrumpirá bruscamente por los pilares. Si todo está bien. Endargur se habrá salvado. En caso contrario, Endargur precipitará su fin unos días o unos meses, no lo sé. Y una vez puesto en marcha el proceso, no se podrá detener. Sólo dispondrá de algunos minutos para embarcar en la nave y escapar si advierte que el intento resulta fallido.

—¿Qué traía en esas cajas?

—Conductores. Cobre. Algo que escasea aquí —Ben sonrió—. La situación es irónica. La mayor fortuna de Endargur está en sus sistemas de conducción, que son de oro puro, el mejor conductor del universo. Pero es algo que nunca podrá apropiarse ni Ardag ni nadie. Si intenta quitar las conducciones llegará el fin, y si falla en su intento de salvar Endargur, todo el oro, millones de toneladas, se perderán por el espacio.

»Pero Ardag puede olvidarse del oro y considerarlo como una buena inversión si sigue con conductores mientras él dispone de


tiempo para reunir el mayor número posible de los secretos de Endargur.

Glenda se mordió los labios y dijo firmemente:

—Así debería ocurrir,

—¿Eh?

—Digo que este maldito mundo debería desaparecer en el espacio.

— Bueno, yo opino que explotado honradamente podría ser de gran utilidad a la raza humana y a todas las demás de la galaxia. Ha sido una desgracia que haya caído en manos de Ardag.

—Ben...

—¿Sí?

—Esa arpía volverá dentro de poco.

—Lo sé —sonrió—. Sé lo que tengo que decirle.

—¿No sientes nada por ella? Quiero decir que si la amas aún...

—Me es indiferente, preciosa. Incluso me revuelve el estómago su presencia.

Ella le besó, pero Ben se sintió incapaz de iniciar algo más profundo. Glenda lo comprendió y se limitó a recostarse sobre él.

—La próxima vez no me sorprenderá con su juguetito —dijo Ben.

—¿Qué piensas?

— No lo sé, pero creo que será, nuestra última oportunidad.

* * *

Cuando Rona entró en la celda se quedó un instante detenida en la puerta. Sus ojos se quedaron fijos en los dos cuerpos unidos sobre el

banco, moviéndose debajo de la manta. Sus manos se crisparon y luego su derecha buscó el arma aturdidora, avanzando dos pasos y dejando atrás el zombi.

La había irritado entrar allí en plena sesión amorosa. Levantaba el arma para disparar contra la pareja cuando sintió un golpe fuerte y duro en la muñeca. Inmediatamente vio que Ben salía de un lado y sin miramiento alguno la golpeaba en el mentón.

Aún tuvo tiempo de ver cómo Glenda surgía de debajo de la manta, vestida y sola, como estaba sobre el banco. Ella corrió hacia el arma tirada en el suelo, la cogía y antes que pudiera reaccionar el zombi, disparaba contra él.

La cortina de energía golpeó al zombi, y aunque el ser tuviese su mente reducida en emociones, se revolvió en el suelo, gritando de dolor.

Ben recogía a la inconsciente Rona y la dejaba caer en el suelo, después de arrebatarle el láser que llevaba colgado del cinturón.

— Le has golpeado demasiado fuerte —comentó Glenda, mirándola divertida.

—Creo que me dejé llevar por el odio que sentía por ella —se disculpó Ben—, Mejor así. No despertará en un buen rato.

Metieron al zombi dentro y cerraron la puerta. Ben arrojó lejos la llave magnética y ambos corrieron por el pasillo.

—¿Crees encontrar el camino para salir de aquí? —le preguntó Glenda.

—Estamos en los niveles inferiores del edificio, no lejos de donde discurre el pasaje que recorre la franja de protección del planeta. Debemos llamar así a la erróneamente supuesta autopista, ¿no?

—¿Por qué ese camino?

—Piénsalo, cariño. Ardag supone que nuestros amigos están muertos y nosotros a buen recaudo. Por lo tanto, nuestra nave estará sin vigilancia. Si nos damos prisa podremos llegar hasta el *Xamble* antes de que descubran que nos hemos escapados.

—¿Y los codificadores? ¿Tendremos tiempo de ir a búscanos?

Y Glenda se sorprendió al ver reír a Ben.

—Están donde menos podía figurarse Ardag. ¿Recuerdas cuando entramos en esa gigantesca catedral donde, al parecer, Ardag va a proceder a unir las conexiones? Pues los dejé caer junto a un pilar segundos antes que nos apresaran. Deben seguir allí.

—Pero tendremos que pasar por un sitio peligroso. Seguramente Ardag estará allí.

—Es posible. Pero no tenemos otro remedio.

De pronto él se detuvo, cuando estaban a punto de doblar un pasillo. Glenda también escuchó pasos y amartilló el aturdidor.

Dos sombras se proyectaron en el suelo, preludiando la aparición de otras tantas personas. Ben le indicó a Glenda que se quedase oculta y él saltó fuera del escondite.

Las dos personas que avanzaban se detuvieron a pocos pasos de él y una de ellas gritó, deteniendo el gesto ya iniciado de Ben de disparar el láser:

- ¡Por los dioses, Ben! Somos nosotros.

Delante tenía a dos personas vestidas de negro; como los zombis de Ardag. Pero uno era Less y otro Gondar.

Ben sintió sudor en las manos, resopló y dijo:

—Demonios, no os he matado por poco.

Riendo nerviosamente, Less y Gondar mostraron sus manos armadas. El último dijo:

—Pues tú también te has librado de tener unos grandes agujeros en tu cuerpo, amigo.

Luego, los cuatro se fundieron en un estrecho abrazo.

CAPÍTULO X

De forma apresurada, Gondar explicó:

—Cuando los ardaganos se acercaron a nuestro refugio, dispuestos a dejarlo sin energía, nos largamos de allí. No nos alejamos mucho. Cuando dos de los zombis se apartaron de sus compañeros, los matarnos —Gondar miró a Glenda—. No, ninguno era Morthes. ¿Qué más da eso? Aunque hubiese sido Morthes seguramente le habríamos hecho un favor, ¿no?

—No te preocupes. Ha sido un sobresalto. Sé que Morthes murió. Sigue, Gondar —se disculpó Glenda.

—Con las ropas de los zombis y simulando ser ellos, nos alejamos de allí. Por algún tiempo nos escondimos en otra casa, pero sin calefacción sólo podíamos confiar en nuestras ropas térmicas. Los ardaganos usan mejor equipo que nosotros. Así estuvimos hasta que conseguimos entrar aquí, Escuchamos que estabais encerrados y empezamos a buscaros.

—Less, siento haberte engañado —le dijo Glenda al muchacho.

—Fui un tonto. Debí haberme dado cuenta de lo que intentabas hacer —sonrió . Less—. Tu amabilidad al ofrecerme café debió ponerme en guardia. Pero el dolor de cabeza me duró un buen rato.

—Dejaos de bromas ahora —dijo Ben—. Recuperaremos los codificadores y nos largaremos de aquí. Gondar, Less, he pensado que nuestra nave está sin vigilancia.

—Es posible. ¿Dónde están los codificadores?

Cuando Ben se lo dijo, los rostros de Less y Gondar se ensombrecieron. Este último explicó:

—Sí, hemos visto esa gigantesca bóveda que conduce a los bajos de la autopista. Cerca de allí es donde Ardag está trabajando. ¿Qué intenta?

Ben le contó rápidamente sus sospechas.

—Seguramente allí piensa hacer las conexiones —frunció el ceño —. Quizá podamos apoderarnos de los codificadores sin que nos vean.

—Será difícil —repuso Gondar—, Pero no hay otro remedio. Tal

vez sería mejor que fuese yo, haciéndome pasar por un zombi.

Ben fue a protestar, diciendo que él podía ponerse uno de aquellos trajes negros.

—No sabrías comportarte como uno auténtico. Lo haré yo. Vamos, bajemos cuanto antes.

—Está bien —se resignó Ben—. No perdamos más tiempo, Rona está encerrada y pueden echarla de menos en cualquier momento.

Less se puso a la cabeza, adoptando maneras bruscas y ausentes características de los zombis. Fueron descendiendo niveles, hasta alcanzar, por medio de las escaleras, donde estaba la gran catedral.

Allí se encontraron con un grupo de zombis, pero no fueron descubiertos. Los desdichados antiguos tripulantes y científicos transportaban largos tubos de brillante cobre. Se alejaron por el pasillo, en dirección a la gigantesca estancia.

—Dejé los codificadores cerca de la entrada, en el pilar de la izquierda —susurró Ben a Gondar.

—Está bien —asintió éste. Se adelantó y caminó a pocos metros del grupo de zombis.

Los demás quedaron al otro lado del recodo, con la respiración contenida.

Hasta ellos llegaban los rumores sordos de herramientas, voces y, destacando sobre todos las órdenes airadas de Ardag. Aquel tiránico y despótico ser parecía furioso, lleno de nerviosismo.

—Tiene miedo —dijo Ben, creyendo poder interpretar el estado de ánimo de Ardag—, Sabe que puede provocar la tragedia si se ha equivocado en sus estudios y las conexiones no son correctas. Tenemos poco tiempo. Apenas conecten los tubos que llevaban esos zombis, liberará la energía y.... Si algo falla, no dispondremos de mucho tiempo para salir de aquí y llegar hasta nuestra nave. Y eso suponiendo que Gondar regrese con los codificadores y tengamos a mano, unos deslizadores.

Ben se volvió, buscando a Less con la mirada. Preguntó a Glenda por él y la muchacha se encogió de hombros. A los pocos instantes regresaba Less, llevando en sus manos cuatro deslizadores. Los depositó en el suelo y explicó ufano:

—Hay una habitación con muchos. He tenido la precaución de inutilizar los demás.

—Bien hecho —le sonrió Ben.

Ben atisbo por el recodo. Respiró aliviado cuando, vio que Gondar caminaba hacia ellos.

Cuando le tendió los codificadores, Ben se los guardó en su traje y luego dijo a todos que se pusieran los deslizadores.

—Están unos diez o quince pilares a la derecha. He visto a Ardag y a Imbelt. Están muy ocupados terminando las conexiones. Creo que podemos regresar sobre nuestros pasos y salir de aquí.

Gondar no terminó de hablar. Su expresión se volvió asustada. Aún tenía las manos ocupadas sujetándose el deslizador cuando un dardo de luz trazó su mortal ruta en el aire y le perforó la frente.

Los siguientes disparos no encontraron los blancos apetecidos. Ben, Less y Glenda se habían tirado al suelo y los haces de luz pasaron por encima de sus cabezas.

Al mirar hacia el lugar por donde ellos habían llegado. Ben vio a Rona, que seguida de cinco zombis se acercaba aprisa, sosteniendo un pesado láser que disparaba sin cesar.

Se protegieron detrás del recodo y Ben, parapetándose con el cadáver de Gondar, hizo varios disparos. Vio caer a dos zombis. Rona se apartó y ordenó de los demás que avanzaran. Quizá ella había comprendido que perdida la sorpresa estaba exponiendo demasiado su vida al atacar sin protección alguna.

—Gondar está muerto y Rona nos corta la huida por el aire —dijo Ben—. Si nos quedamos aquí nos freirán. Sólo podemos intentar llegar a la nave escapando por el subsuelo de la autopsia.

Less le miró asustado y Glenda tardó en comprender lo que Ben quería decir. Luego asintió y fue la primera en levantarse, disparando su arma. Un zombi cayó, otro tropezó con él y el tercer superviviente lo aniquiló Ben.

—¡Poned en funcionamiento los deslizadores! —gritó Ben accionando el suyo. Se elevó un par de metros y se lanzó velozmente hacia la catedral.

Trazó un giro, volviéndose para ver que los demás le seguían. Irrumpieron en la gran catedral, evolucionando por entre los pilares. Vieron cables de cobre brillante uniéndolos. Más allá había un grupo de personas, casi todas vistiendo los trajes negros. De ella salió un Ardag sorprendido, seguido de Imbelt, Rona apareció en la entrada, gritando frenéticamente algo que los fugitivos no llegaron a entender,

Ben, siempre en cabeza, iba indicando el camino, mirando intermitentemente su brújula. Tenía la esperanza de llegar hasta la astronave por el subsuelo de la ciudad superior.

Los zombis corrieron hacia ellos, pero les sobrepasaron por encima de sus cabezas. No podían ir muy de prisa a causa de los innumerables pilares. Escucharon los silbidos de los haces de los láser tras sus espaldas y cómo, éstos se perdían en la dirección que ellos seguían.

Por un momento, Ben creyó observar una extraña máquina donde estaban unidos: docenas de cables. La notó vibrar. ¿Acaso Ardag había dado paso a la energía y ésta estaba pasando a los pilares? Si era así, sólo cabían dos posibilidades. Ardag había acertado y el planeta de acero estaba salvado o, por el contrario, sólo disponían, de breves minutos para escapar de Endargur

Ben tuvo que gritar a sus compañeros tan fuerte como pudo , para decirles que, girasen a la izquierda. Carecían de cascos de comunicación. Aquello les supondría un impedimento más, ante el brutal frío externo, para alcanzar la nave. Tendrían que moverse muy ligeros sí querían evitar que el frío glacial del exterior les aniquilase,

—¡Nos siguen...!

La frase de Rona se perdió y Ben sólo captó lo importante, Frunció el ceño, pensando que sus enemigos no habían tenido tiempo para buscar otros, deslizadores, ya que Less había inutilizado los demás.

Pero cuando escuchó el rugido tras él comprendió que les seguían a bordo del turbocar.

Se volvió y, creyó ver en la distancia tres figuras a bordo del vehículo. De todas formas no podía ir muy de prisa a causa de los pilares. Aunque no podían alcanzarles, los tendrían encima si cuando saliesen al exterior la nave aún estuviese lejos de ellos.

Ben fue reconociendo distintas salidas, pero las fue desechando.

Aún estaban lejos, de la parte de la autopista que servía como improvisado campo de aterrizaje del *Xamble.* Al menos esperaba que sus precipitados cálculos no resultasen erróneos.

Fue una huida espeluznante, llena de tensión, siempre temiendo que sus perseguidores les disparasen en cualquier momento, Pero los del turbocar no disparaban, Tal vez confiaban en atraparlos con vida. Quizá no lo hacían porque temían destruir los codificadores, pensando que alguno de ellos los llevase encima.

De pronto, Ben calculó que debían salir al exterior y empezó a buscar ansiosamente la primera salida. Cuando la distinguió, por las indicaciones en forma de líneas rojas, hizo un gesto y desaceleró su deslizador, haciéndolo elevar unos metros.

La salida cilíndrica apareció sobre ellos y Ben no pudo reprimir una exclamación de alivio. Aquel conducto era, desgraciadamente, demasiado grande. El turbocar también podía pasar por allí,

Cruzaron en pocos segundos el largo tubo, surgieron en una terraza y el frío les azotó el rostro indefenso de Ben. Parpadeó ante la cegadora blancura de la nieve que cubría toda la ciudad.

Glenda y Less, se unieron con él y durante unos instantes los tres flotaron, indecisos. De pronto, Less gritó y señaló hacia un punto. La línea blanca era demasiado lisa. Bajo ella debía estar la autopista.

Avanzaron hacia allí a toda velocidad. Cuando estaban a pocos metros de la cinta, Ben se volvió en el momento justo para ver salir el turbocar, resonando sus motores en el aire como un estampido.

A unos metros de ellos estaba el *Xamble,* cubierto de nieve… No sabía aún qué cantidad había. Pero la inclusa estaba a unos seis metros del suelo y aún podía estar libre su acceso.

Cuando Glenda pasó junto a él le entregó los codificadores. Por gesto, ya que no se atrevía a abrir la boca, le pidió que se adelantase. La vio dirigirle una mirada desesperada, como intentando negarse a hacerlo, tal vez adivinando lo que él pensaba hacer.

Pero la muchacha comprendió que no había tiempo que perder y de mala gana, con desesperación, se dirigió velozmente hacia la nave, seguida de Less.

Ben hizo que su deslizador perdiese velocidad y se volvió. Su gesto era totalmente heroico al rezagarse para intentar frenar el

avance del turbocar, sino que lógicamente había pensado que Glenda debía disponer de algún tiempo para abrir la esclusa. Si él conseguía reemprender la huida no tendría que demorarse un solo segundo, penetrando en la nave como una exhalación.

Los del turbocar le vieron e intentaron atropellarle. Ben logró apartarse a tiempo de su trayectoria, dando unas volteretas en el aire. El vehículo pasó rugiendo cerca de él. Entonces disparó contra las toberas. Vio con furia que había fallado.

Cuando el turbocar se elevaba para dar la vuelta, Ben ajustó su arma al máximo, abriendo el foco del láser. Sabía que después de efectuar aquel disparo no podría volver a hacer otro. Toda la energía de que disponía sería consumida.

El vehículo se dirigía hacia él aullante. Vio que lo conducía Imbelt. Detrás, Rona y Ardag se alzaban sobre sus asientos y le apuntaban.

Sujetando el láser con ambas manos, flotando en el aire, Ben apuntó. Apretó el gatillo. El arma saltó, sintiendo dolor en los brazos, a causa de la brutal descarga. Incluso el cañón se sobrecalentó y tuvo que soltar la pistola.

Pero su disparo había destrozado la proa del turbocar, que perdió la dirección y pasó por su derecha a muchos metros, Imbelt saltó convertido en una brasa.

Los otros tripulantes se aferraban a sus asientos mientras se precipitaban hacia la nieve.

De pronto el vehículo, quizá por la acción de una corriente de aire, cambió de dirección y enfiló su destrozada proa hacia el *Xamble.*

Con la respiración contenida, Ben lo siguió con la mirada, temiendo que el turbocar se estrellara contra la nave. Pero no la alcanzó. Se precipitó contra la nave a una docena escasa de metros, hundiendo su calcinado morro. Surgió un surtidor de vapor y luego, nada.

Notando que su rosto se congelaba, Ben, casi sin poder ver, se dirigió hacia la esclusa del *Xamble,* en donde Less y Glenda le esperaban.

Apenas hubo puesto los píes sobre, la pequeña plataforma, Less le colocó un casco y Ben sintió una corriente de aire cálido en la cara. Los brazos de Glenda, le rodearon y él pudo ver, en medio de la leve niebla, cómo ella reía y lloraba al mismo tiempo.

—Vámonos de aquí en seguida —dijo Ben roncamente—. Cuanto antes.

Less se alejó en dirección al puente de mando y Ben buscó la palanca que accionaba el cierre de la esclusa,

Entonces escuchó que le llamaban desde el exterior. Miró hacia abajo y vio a Rona, que salta renqueante de entre los restos del turbocar, moviendo los brazos para llamar su atención.

—¡Ben, por los dioses, no me dejéis aquí! El intento de Ardag fracasó y el planeta explotará en cualquier momento… —gritó Rona.

El hombre la miró confundido. Rona caminaba hundiéndose en la nieve hasta las rodillas, braceando en el aire, aterida de frío.

—Te lo ruego Ben, sácame de aquí —gimió Rona—. Si alguna vez sentiste algo por mí, no me dejes morir…

Ben se volvió, — mirando a Glenda. La muchacha estaba quieta, seria y alejada, Ben sabía que Glenda quería decirle con su silencio que no socorriese a Rona..

—Lo siento, cariño —dijo él moviendo la cabeza, rehuyendo la

mirada acusadora de Glenda—: Sé que ella es culpable de muchas cosas, pero no soy capaz de dejarla morir aquí.

—También morirán los zombis —dijo Glenda.

—Pero ella está ahí, a nuestro alcance —dijo Ben. Y sin dudarlo más, se lanzó hacia abajo.

Tuvo que usar toda la fuerza de su deslizador para sacar a Rona de la nieve, que le llegaba hasta la cintura. La condujo hasta la plataforma, dejándose caer exhausto en el suelo.

En el fondo, Glenda dijo:

—Aún conserva la pistola, Ben —señaló el arma que pendía del cinto de Rona—. Quítasela.

Rona permanecía apoyada en el quicio de la esclusa, sobre la pequeña plataforma exterior. Al escuchar a Glenda, su mirada dulce, desapareció y tornóse, dura, exultante de rabia y despecho.

—Maldita seas Glenda —masculló empuñando el arma—. Os mataré a todos y luego obligaré a Less a que me saque de aquí. Pienso romperos las piernas y dejaros caer, para que muráis junto con este mundo. Haréis compañía a Imbelt y Ardag.

Ben se incorporó. Recordó que no tenía ningún arma y Glenda llevaba la suya sujeta en la pistolera. No podría sacarla a tiempo. Antes Rona podría dispararles cien veces.

Pero Ben no esperaba lo que sucedió a continuación. La mano de Glenda sólo tuvo que bajar un poco, presionar la palanca y la pesada compuerta descendió vertiginosamente.

Todo el cuerpo de Rona estaba aún en el exterior, excepto la mano que sostenía el arma.

Junto con el chasquido de la compuerta al cerrarse se escuchó un escalofriante alarido y parte del cañón del arma de Rona cayó dentro. El resto resbaló por la plataforma al exterior.

* * *

El *Xamble* vibró brutalmente cuando Ben inyectó toda la potencia a los motores. Escupió la nieve que lo cubría y se precipitó a toda velocidad hacia el exterior.

Durante unos sobrecogedores minutos, la nave rugió, cruzó la atmósfera de Endargur y salió al espacio. Siguió avanzando, ganando velocidad.

Apenas estaban a unos diez kilómetros de distancia del planeta cuando éste empezó a descomponerse. Entonces Ben se arriesgó y usó la superluminosidad, penetrando en el hiperespacio.

Sólo cuando transcurrieron unos instantes, estuvo seguro de que su temeraria acción había sido resistida por la nave.

Se soltó los cierres de seguridad del sillón y miró sonriendo a Glenda y a Less.

—Estamos a salvo.—dijo.

—¿Quedará algo de ese mundo? —preguntó Less,

—Me temo que no. La humanidad ha tenido una gran oportunidad de adquirir conocimientos de viejas razas, pero la ambición de Ardag la destruyó.

—Quizá sea mejor así —dijo Glenda, acercándose a él. Sentándose a su lado, le abrazó.

—Ahora a la Tierra —dijo Ben.

—Estoy deseando llegar y tomarme unas vacaciones —rió Less. Miró las efusiones cada vez más intensas de la pareja y agregó—: Bueno, tengo algo que hacer por ahí. No volverá en bastante tiempo, ¿eh?

F I N